

CENIT

sociología
ciencia — literatura



Plácido Bravo: Saber comprender. — Floreal Ocaña: El indeterminismo y el ser. — Victor Alba: Regreso a la fuente. — Delta Luz: Alegría de la naturaleza. — Benito Milla: La guerra de España pasa a la Historia. — A. Rosell: Civilización y Barbarie. — Denis: El burgués. — Costa Iscar: Ciencias y mitos. — Puyol: Narcisa. — Miguel Jiménez Igualada: El soberano y los educadores. — Selección de W. Muñoz: El manantial. — Suno: Microcultura. — Campio Carpio: Poesía del destierro (folleto encuadernable)

129

SEPTIEMBRE - 1961

REVISTA MENSUAL



El Ayuntamiento de Madrid

Nuestra portada

He aquí una visión de Oradour-sur-Glane, pueblo mártir, destruido, un día trágico del mes de agosto de 1944, por las fuerzas alemanas en su retirada. Los hombres que destruyeron Oradour, con sus 1.500 habitantes y algunos que no habitaban allí, pero que allí se encontraban, eran los que constituían la terrible División «Das Reich». Personas que pudieron verles, a su paso antes o después del crimen cometido contra aquella infortunada población indefensa, afirman que esa división estaba constituida, en su mayor parte, por jovencitos de 18 a 20 años. La famosa juventud hitleriana que constituyó las fuerzas de élite del tercer Reich alemán y que el nazismo **educó**, esto es castró, amputó, mutiló moralmente.

Los Congresistas del II Congreso Intercontinental de Federaciones Locales de la C.N.T. de España en el Exilio, al rendir homenaje a las víctimas de Oradour —entre las que había un buen puñado de españoles refugiados— testimoniaron, una vez más, su repudio vehemente de la ideología bárbara que el nazi-fascismo intentó imponer al mundo.

Al inclinarse sobre lo que queda de las infortunadas víctimas de la barbarie nazi, con ello quisieron expresar su repudio de todo cuanto significa empresa y voluntad reaccionaria, su afirmación constante de lucha y de oposición a los intereses monstruosos, que permitieron, ampararon, imbuieron al mundo crimenes semejantes.

Los muertos de Oradour son los muertos de Guernica, de la plaza de toros de Badajoz, de Alcalá de Guadaira, de Espejo, de tantos y tantos pueblos españoles sacrificados por la misma bestia.

Hombres, mujeres, ancianos, niños, inmolados sin misericordia. Que la maldición de la historia persiga eternamente a los verdugos, sus jefes, sus teóricos y los que, para defender sus privilegios, prepararon las masacres pasadas y preparan las futuras.

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)



SABER COMPRENDER

DOS verbos que se complementan; recíprocos. Dos acciones vinculadas, que se conjugan, se apoyan, mas no sinónimas.

Dos tiempos de un mismo proceso, que se alternan sin alterarse, que se funden sin confundirse. Pues que si falaz es aquella sabiduría que no entraña comprensión, triste es la ignorancia que no comprende todo el valor intrínseco del saber.

¿Perogulladas esto?

¿Disquisiciones aquello?

Puede que sean divagaciones de un cerebro amigo de la paradoja. No lo niego.

En todo caso —y esto lo afirmo— se me antoja principio transcendental de la humana psicología. Y de fundamento primordial de toda nuestra ética. Más aún: Alfa y Omega de la ciencia del hombre.

★

En el oscuro lecho de nuestro subconsciente hay, en revoltijo, ideas en letargo, pero que mandan. Frutos misteriosos de la psiquis donde se esconden y disimulan ignotos sentimientos, pero que ordenan. Profundidades oceánicas del espíritu donde pululan sensibles corpúsculos, de los que nada sabemos, pero que prescriben, esto, eso y aquello. Y a los que el hombre, sin verles, oírles ni comprenderles, obedece ciego y sordo cual demente. Mandamientos enigmáticos de los que somos juguetes.

Repliegues del alma humana; difusos, recónditos, profundos, lejanos, como el astro más remoto perdido en las alturas siderales; y que sólo mediante la lentejuela intelectivo-psicológica llegamos a descubrir sus arcanas facetas poliformas, y a captar sus destellos irisados: situarlo en el firmamento científico, y conocer sus móviles y movimientos complejos; capaces de por sí, tanto para engendrar los más profundos genios como para hacer abortar los más agudos ingenios.

Fuentes manando gotas microscópicas: de bálsamo y ponzoña, antisépticas e infecciosas. Gotas infinitas e infinitesimales, capaces de gangrenar el cuerpo, de cabo a rabo, del más sano, y así-

mismo enturbiar la límpida trayectoria moral del hombre más honesto y probo. Y viceversa, gotas capaces de vencer las dolencias más reacias, y redimir al hombre en sus acciones más perversas o procaces.

Surcar, explorar, llegar al corazón de esta selva amazónica de la psiquis humana; es esta la tarea primera, la proeza inmediata que se reclama. Es en estas covachas donde hay que cazar las fieras del odio y del rencor; en sus escondrijos, los reptiles de la envidia y de los celos; en sus nidos, las aves de presa de la avaricia y la usura; en sus cenagosos lagos, los insectos propagadores de fiebres negras o amarillas; pasiones que enajenan el juicio y quiebran la voluntad.

★

Para el hombre, conocer la naturaleza humana es una prioridad que se impone. ¿Acaso sus desventuras no le vienen del olvido de sí mismo? Como dice el refrán galo: «Mala faena colocar delante de los bueyes el arado». O cual lo confirma el hispano: «Pésima labor dar comienzo al edificio por el tejado».

Hay que reflexionar, replegarse en sí mismo, pero sin ensimismarse.

Contemplarse, pero sin pasmarse. Escucharse, pero sin dormirse. Pensar, mas sin creerse. Profundizar, aunque evitando el abismo.

Y conste que yo nada he dicho nuevo. Un oráculo, ha milenios que lo dijo: «Conócete a ti mismo». De esta máxima mis deducciones mínimas.

Cuando jovenzuelo dicen que oraba, citaba y recitaba cual singular portento. Sabía muchas cosas. Y solamente cuando llegué a comprender que nada valía lo que sabía, es cuando en realidad supe algo.

Entre otras cosas. Jamás supe explicarme lo que era la Libertad, en tanto no pude comprender los límites que, el respeto de los demás, me asignaba.

Lo positivo de toda ciencia reside en la conciencia de quienes la emplean.

No digo más.

Plácido BRAVO

Decíamos ayer El indeterminismo y el Ser

II

(Continuación)

Desde hace años dudábamos de la validez «absoluta» de los clásicos conceptos sobre el **determinismo**, la **causalidad**, el espacio y el tiempo, dudas que también las había formulado, hasta cierto grado, la física teórica. No tenía que extrañar, pues, que no admitiéramos, en su totalidad, la concepción **determinista**, **conductista** o **mecanicista** para todos los fenómenos y procesos psicológicos en el ser humano.

El mismo Rafael Barret, hablando sobre lo viejo y lo nuevo, en un momento de exaltada e irreprimible rebeldía que se manifiesta en todo pensador que no puede silenciar lo que **siente** y **piensa** aunque choque con las costumbres y las ideas científicas y filosóficas de su época, tenidas por verdades exactísimas, dijo: «Me rebelo contra el mezquino **determinismo** que obliga al Universo a repetirse eternamente idéntico bajo sus máscaras sucesivas».

El «espíritu» rebelde de Barret es el que alienta en nosotros, el que **sentimos**, el que nos hizo y nos hace ser defensores del **voluntarismo** sin que en la adopción de nuestra actitud mental intervengan factores ni elementos psicológicos que consideramos **negativos**: antipatías u odio hacia nuestros oponentes religiosos, políticos o filosóficos. Al contrario, a todos les agradecemos, en cierto modo, que nos hayan hecho dudar, pensar, estudiar y revisar nuestras propias ideas y las suyas, una y otra vez, a la luz de los nuevos conocimientos.

Con nuevas fuerzas que forman nuevas energías psicológicas voluntarias **positivas**, la **voluntad** nos «sacude» y nos hace salir de un largo silencio hasta cierto punto voluntario también, pero con contenido psicológico **negativo**. Después de brevísima deliberación, con plena **conciencia de libertad**, la **voluntad**, ligada siempre a la primera, impide que nos dominen los impulsos de otros motivos: doblega, vence a viejos móviles o tendencias y a viejas ideas que trataban de mantener su influencia y desviarnos de la meta que nos proponemos alcanzar.

Es la **voluntad**, sí, la **voluntad**, la que decide dar prioridad a las nuevas acciones que intentamos desarrollar de acuerdo con nuestras posibilidades psíquicas y mentales. En este acto de libre elección de móviles o motivos «registramos» la acción y la **voluntad**, una prueba más de su existencia. Nos traza el camino a seguir y nos decide, también, por la efectiva ejecución de nuestra particular forma de pensar y sentir en este instante dramático que vive el mundo social: por nuevos objetivos que, por serlo, no pueden ser fruto de «reflejos condicionados», de los que ya hablaremos aparte.

El nuevo pensamiento no se produjo por arte de birlibirio. Como salta la chispa al chocar, fuertemente, con el pedernal, así nos pareció brotó la intuición al producirse el choque de nuestra psiquis con los nuevos descubrimientos realizados en los campos de la Química, de la Astronomía y de la Física, en particular. Al «hablarnos» de los procesos «simples y complejos» de la Vida Universal, todos han coincidido dando validez al factor **indeterminación**, y nos han producido las **sensaciones** y las **emociones** que necesitábamos para actuar. De estos factores tan esenciales en la Dinámica psíquica poco nos hablan los defensores del **conductismo** y del **determinismo**.

Hasta hoy, de acuerdo con la doctrina **determinista** se consideraba ley fundamental de la naturaleza que todo efecto tiene su causa y, por consecuencia, en el terreno de la Psicología los actos humanos considerábanse, simplemente, producto del encadenamiento de causas y efectos, reconociéndose la influencia irresistible (?) de los motivos de los que ya hablamos más arriba. Así opinan, con el derecho que no les discutimos, los **deterministas** **mecanicistas** que llamamos **estáticos**. Tampoco pueden negarnos el derecho a decir, con todo el respeto que nos merece el pensar ajeno sincero, que eso son, a nuestro entender, aunque se resistan a admitirlo: **estáticos**, en toda la acepción de la palabra, dada la rigidez del **mecanicismo** e interpretando el **determinismo** en el sentido más hondo, con extremo rigor científico.

De todas las maneras no dejaremos de exponer lo esencial de los valores cualitativos y cuantitativos del **determinismo** para compararlos, seguida y claramente, con los que defendemos en este modesto ensayo. Entre todas las objeciones que pueden hacernos los **deterministas-mecanicistas**, una puede resumir todas. Vamos a exponerla en su nombre para demostrarles cuánto hemos reflexionado al respecto: «que el principio de **indeterminación** por sí mismo origen y **significación** no puede dar como resultado un principio físico.» Este y todos los argumentos que pueden presentar son ahora insostenibles porque, precisamente, partiendo del **indeterminismo** se ha desembocado a una ley física universal. ¡Lo considerado imposible por los deterministas!

Aunque ya hemos hablado varias veces de ella vamos a hacerlo, en este momento, una vez más, con mayor precisión. En efecto, el sabio Werner Heisenberg hizo público, recientemente, en pocas líneas, que con la colaboración de otros miembros del Instituto Científico «Max Planck» ha elaborado la fórmula que explica todas las leyes físicas que gobiernan el Universo. Manifiesta que es básica para todos los aspectos de la naturaleza. «De acuerdo con la fórmula — dice Heisenberg — en la naturaleza no hay determinismo, ni

continuidad, ni causalidad.» Es decir, lo contrario de lo que el **determinismo** ha estado defendiendo, hasta nuestros días, como ley fundamental de la naturaleza. Y Heisenberg ha descubierto la fórmula no filosofando, ni tergiversando, ni deformando ideas ajenas, sino tratando de resolver los problemas de la física atómica recurriendo al microscopio, a la física y a las altas matemáticas, en el terreno, en fin, de la ciencia experimental.

«La fórmula descubierta — expresa Heisenberg — es básicamente sencilla y matemáticamente preciosa, pero por ser demasiado complicada para el profano no será hecha pública.» Desconocemos la fórmula que no publicarán; pero el valor extraordinario de la misma que puede explicarnos todos los fenómenos físicos, desde el átomo y sus partes al Universo, los profanos lo comprendemos al compararla con la teoría de la relatividad de Einstein que se limita a explicar sólo un caso particular. Además hoy todos los científicos están comprobando que el principio de **indeterminación** no puede ser eludido en ningún estudio serio que se haga en el campo de la Física.

La cuestión importante es que con el simple impacto de unas ecuaciones se derriba la vieja teoría **determinista**, pese al prestigio de sus años y a la autoridad que tenía en las corrientes científicas y filosóficas modernas. Casi obvia resulta la conclusión: que la Física y las Matemáticas dejan a las doctrinas **deterministas**, teológicas y ateas, sin las bases que les servían de apoyo. Traten de sostenerlas, si les place, religiosos y metafísicos, por razones obvias, y los **deterministas** rezagados en el camino científico por el que avanza, sin cesar, la Evolución Progresiva. Pero a unos y a otros les decimos que obrarán como los individuos humanos que al desplomarse un edificio sin cimientos o por haber tenido bases con pocos y malos materiales pretenden volver a construirlo del mismo modo utilizando los viejos y gastados componentes: se derrumbará más pronto y más estrepitosamente en razón de su menor solidez. Es un principio teórico y experimental aplicable a toda actividad humana constructiva de valor real transitorio o permanente, relativamente hablando: contar con los elementos y materiales adecuados para la menor o mayor estabilidad y durabilidad de la obra técnica, ideológica o científica.

Si «en la naturaleza no hay **determinismo**, ni **continuidad**, ni **causalidad**» tanto los **deterministas-mecanicistas** como los religiosos se quedan sin los elementos esenciales que servíanles para iniciar y sostener polémicas pro o contra el libre albedrío. La vieja controversia sobre este punto gastado ya no tiene, al parecer, razón de ser. Sin embargo los **deterministas** opuestos continúan polemizando, si tal es su gusto, pero nosotros, con más razón que ayer permanecemos «frente a todos los **determinismos** anquilosadores habidos y por haber». A sus defensores respectivos les preguntamos: ¿Quién puede explicar la causa, la razón o la necesidad de la existencia del Cosmos? Ni los teólogos y filósofos religiosos, ni los más

brillantes teóricos del **determinismo** clásico sabrían cómo empezar a explicarnos la causa, la razón o la necesidad de que exista la materia cósmica. Y si no existe ¿cómo pueden atreverse a sostener una ley universal de **causalidad** y de **continuidad** de lo que no ha tenido principio?

Proponemos, pues, romper, decididamente, con tradiciones **deterministas** de toda clase y color y establecer nuevas bases de investigación y de estudio que nos permiten penetrar, más hondamente, en el maravilloso mundo de las atracciones y las repulsiones de los materiales cósmicos y en las diversas psicologías humanas que integran el Universo Social. Esto último es lo que más nos importa y nos lleva a hacer la siguiente proposición: que al hablar del comportamiento del hombre y de la Sociedad nos refiramos a lo que beneficia o no a la vida psíquica individual y colectiva; que nos abstengamos de plantear discusiones sobre el libre albedrío, porque respecto al individuo humano y a sus relaciones con el medio social y cosmológico, a sus inter-relaciones e interacciones, a todas las influencias endógenas y exógenas que intervienen en sus dinamisismos psíquicos sólo **necesitamos tener en cuenta conceptos psicológicos o no psicológicos**; que toda discusión sobre las conductas de los hombres se sitúe, pues, dentro de los límites de la Psicología, en su área propia, natural, estrictamente científica.

No somos científicos y, por lo tanto, no pretendemos hacer ciencia. Pero sí podemos atrevernos a afirmar que en el terreno científico, de la verdad, de la verdad comprobable, no puede sostenerse la concepción teológica, religiosa o política — sumisión del hombre: a los representantes de Dios o del Estado —, estrecha, caprichosa, absurdamente limitada de la Libertad. En la materia cósmica todo es ser. La filosofía religiosa es negativa, porque se inspira en la «muerte», en el **no ser**, que es lo inconcebible, biológicamente hablando: en lo que nace — del mismo Cosmos — gracias a un autor o «creador» y dejará de ser por el hecho de haber nacido. Nuestra filosofía libertaria se basa, precisamente, en esa libertad de **ser** irreprimitible, soberana, de todos los materiales cósmicos. Y es superior a éstos en el sentido que hace que los individuos humanos adquieran **conciencia de libertad**.

En ninguna otra manifestación de la Vida cabe mejor, más cabalmente, el concepto afirmativo de **ser o no ser realidad psicológica positiva** — véase que abandonamos la idea de libre albedrío — buena para todos los hombres, como expresión de bien — el mal es lo opuesto a la Libertad — para la totalidad o la inmensa mayoría de nuestros semejantes normales: la Libertad ha de ser integral, gozada por el hombre en todos sus aspectos biológicos y psicológicos, reconociendo a sus congéneres el mismo derecho a disfrutarla en el más justo equilibrio de derechos y deberes sociales, sin privilegios antinaturales, sin tener que someterse a la voluntad «divina», estatal o política.

México, junio 1961.

FLOREAL OCASA

Regreso a la fuente

VICTOR ALBA salió de España en 1945. Aunque estuvo desde 1939 la mayor parte del tiempo en la cárcel, pudo conocer los años eufóricos del régimen franquista, que fueron también los años heroicos de la primera oposición. Desde 1945, ha escrito mucho sobre España y ha mantenido un contacto constante con viejos compañeros y nuevos amigos. Recientemente, ha tenido ocasión de tomar brevemente el pulso a su país. Cuando nos anunció el envío de sus impresiones, dijo: «Harán rechinar de dientes a muchos. Pero no escribiré lo que escriba por deseo de sorprender o de molestar, sino por sinceridad. Y porque creo que al hacerlo presto un servicio al país y a la emigración». Con este mismo espíritu publicamos su artículo, sin que con ello expresemos ni acuerdo ni desacuerdo con las conclusiones a que llega Alba. Pero si estamos de acuerdo con él en que publicarlas es servir a los españoles.

I. — ADIVINACION DE ESPAÑA

Estoy abrumado.

Estoy asombrado.

Estoy inquieto.

Los cambios en la topografía urbana, en las exclamaciones de moda, en la decoración de los escaparates, no bastan para darme la sensación de que hace quince años que he salido de España y no he regresado a ella. Tengo la impresión — muy en el fondo de mí y hasta en la epidermis — de que hace apenas quince días que pasé los Pirineos.

Esto es, personalmente, alentador. Cuando vuelva a vivir en Barcelona, no me sentiré fuera de ambiente, extranjero, pasado de moda o solitario. Es posible, como me aseguran unos, que esta reacción sea sólo mía, que no quepa generalizarla. Es posible que lo que he aprendido viviendo, escribiendo y leyendo en el extranjero y que mis interlocutores han tenido que inventar vegetando en España, sea muy parecido y que esto nos haga fácil el comprendernos. Poco importa. Lo cierto es que la impresión dominante sigue siendo la de que tengo veinte años y que España está en 1935.

Y esto, si personalmente es alentador y consolador, resulta también inquietante. Nada, pues, ha cambiado de veras en España. La guerra civil, veinte años de «nuevo orden», promesas y decepciones, todo ha pasado sobre el país como el agua sobre el asfalto.

Descubrir esto deprime, asusta y, al mismo tiempo, estimula. Por lo menos, éstas son mis reacciones.

Hoy sé que puedo volver a España. Lo de menos ayer era el permiso y lo de más el temor a encontrarme aislado, extraño, forastero.

Pero hoy sé también que la experiencia de este cuarto de siglo ha sido nula, que cuanto ha sucedido puede volver a ocurrir, que nada sirvió de nada. Y es terrible darse cuenta de que la sangre, los odios, las esperanzas, los entusiasmos, los sacrificios (y de todo esto había dosis mortales en ambos bandos), pueden manchar la piel o hacer temblar la voz, pero que nada de esto ha cambiado algo en el país. Y los odios, las esperanzas, los entusiasmos de hoy siguen siendo los de 1935. Con la ventaja de

por Víctor ALBA

que están todos de un mismo lado y no divididos como antes. Pero con la desventaja de que, estando todos a un lado, del otro sólo quedan las cosas inconfesables y que en nombre de éstas se detenta el poder y se inmoviliza al país.

Durante la guerra civil y los primeros años del régimen franquista, había en el otro lado (cualquiera que éste fuese) gentes a las que se podía respetar o comprender. Hoy ya no.

Constatar esto puede ser alentador para quien necesita convencerse de que al mostrarse disconforme está en lo cierto; pero es desagradable para quien sabe por experiencia que la única lucha digna de librarse y la sola que puede ser fructífera es aquella en la que cada contendiente tiene una parte de la verdad y la razón, o cuando menos, lo cree de veras.

..

Ya sé que ha habido transformaciones en el país, que se ha formado una clase media numerosa, que las ciudades crecen, que el ser economista es ser algo. Pero todo esto son como los cambios en el cuerpo de una persona aprisionada dentro de una camisa de fuerza. Mientras no se quite la camisa de fuerza, ni la propia persona puede darse cuenta de que se arruga su piel o se encanecen sus pelos o se enferma su hígado; lo único que sabe, es que algo le duele.

Nada es más inquietante que comprobar que la ignorancia de España por los españoles es sólo comparable a la de los emigrados. Hay, es cierto, los economistas. Por primera vez, desde hace muchos años, se conocen datos exactos — nada menos que estadísticamente exactos — sobre muchas cosas. Pero los economistas formados bajo el régimen tienen un concepto deshumanizado de su especialidad. No ven a los españoles. Hablan en términos de exportaciones, productividad, reserva, inversiones, pero ninguno calcula las horas de diversión, descanso o estudio que todo esto significa para millones de obreros, de empleados, de campesinos, nadie estima el costo humano de cualquier medida que se adop-

te... Como antes, sólo que antes nos contentábamos con catedráticos de hacienda pública.

Nadie, digo, conoce a España. Un país se compone de sus problemas y de los prejuicios que derivan de estos problemas. No se puede gobernar un país sin conocer los problemas y sin saber sopesar la influencia de los prejuicios en la manera de solucionarlos. Hoy, como antaño, los problemas existen, pero nadie los conoce. No hay siquiera un Pascual Carrión para estudiar el latifundismo, un Costa para analizar el caciquismo, un Cánovas o un Maura (esos hombres de izquierda que tuvieron que gobernar como derechistas) para intentar estructurar un gobierno; no hay un Unamuno para describir al español y su soberbia. Tal vez por esto, España sigue siendo un país al que se le manda, pero que nadie gobierna, como nadie lo gobernó en los años bobos, en la dictadura o en la república.

..

En España, durante dos decenios y medio, nadie ha podido aprovechar las lecciones de lo que aconteció en el mundo. Esto explica, por ejemplo, que la gente crea que en la URSS las cosas han cambiado.

— Si — les decía a mis interlocutores —, como en España. Ningún emigrado habría tenido la idea de pedir el visado para ir a España en los tiempos de Serrano Suñer o a la URSS en los tiempos de Stalin. Y ahora es posible...

— No, — me contestaban —, en España nada ha cambiado en lo fundamental.

Nadie sabía decirme por qué razón algo fundamental podía haber cambiado en la URSS y no en España. Pero todos lo creían, sospecho que, simplemente, por la necesidad de aceptar como potable algo que la propaganda oficial quiere desprestigiar y que, en realidad, sólo realza. Porque es Franco quien ha blanqueado los sepulcros podridos del Kremlin... Franco y el deseo de muchos de tener a su «buen comunista», como bajo Vichy muchos franceses tenían a su «buen judío». Y el deseo también de contar con un refugio seguro futuro; de ahí que los falangistas acojan a los comunistas en la CNS y los aupen a puestos de dirección local y les permitan ser en gran número enlaces sindicales; hay que ponerlos en condiciones de formar rápidamente un partido, si llega el caso, con el fin de afiliarse a este partido en el cual se tendrán tantos amigos y cómplices, como ocurrió en Italia y en algunas «democracias populares».

Pero esto es una excepción, una especie de prejuicio utilitario. En lo restante, los españoles jóvenes han sido inventores de conceptos que fuera del país son moneda corriente. Los mismos conceptos, en el fondo, que llevaron a muchos jóvenes, en 1935, a aceptar la idea no sólo de morir, sino de matar: justicia social, libertad, patriotismo.

..

Hay algo nuevo, que nunca había encontrado en España: la dependencia voluntaria del extranjero. No hablo de las bases y los préstamos norteamericanos, sino de la convicción casi general de que el porvenir inmediato del país no depende de los es-

pañoles, sino de dos elementos extraños a España: los Estados Unidos y Franco.

«Cuando Franco se muera», dicen unos... o «Cuando Franco se vaya»... Y otros: «Si Washington cambiara de actitud», o «si los Estados Unidos vieran que dentro de un tiempo ya nadie les tendrá simpatía...» Todo esto es cierto. Si Franco se muriera o se marchara, o si Washington quisiera echar a Franco, las cosas cambiarían: la camisa de fuerza se aflojaría. Pero habría que quitársela, de todos modos.

En don Juan nadie confía. Ese pretendiente que no pretende tendría hoy, precisamente por esto, una posibilidad única: la de plantarse en Badajoz y proclamarse rey. Si Franco mandara algunas fuerzas a cerrarle el paso, se agregarían a la caravana de don Juan. Y para una monarquía constitucional, la única perspectiva estriba en echar a Franco, en tomar el poder y en la posibilidad de que esto le daría de ocuparse de los problemas del país, de gobernar, por fin. Pero una monarquía que reciba el poder, que herede a Franco, es una monarquía condenada a no gobernar y a reinar muy poco tiempo. Esta falta de pretensiones de don Juan debe ser también una consecuencia de la presión de los problemas: son éstos tan fuertes, tan grandes que sólo un monarca con sentido de la historia podría considerarlos grandiosos. Don Juan, que posee un agudo sentido de la anécdota, los ve más bien como peligrosos. Y prefiere la paz — que ya es precaria — de Estoril.

..

Nuestro problema, pues, — el de los españoles de dentro y de fuera — consiste justamente en que no hay problema.

La verdad, querámosla o no, es ésta: no existe, hoy, en 1961, un problema español. Franco está ahí, en El Pardo, y bien o mal, el país vegeta y no hay Castros en la televisión. El hecho de que los Castros estén en la incubadora, para cuando Franco se muera o se vaya, no preocupa al Caudillo y no llega a penetrar en la insuficiente imaginación de los diplomáticos.

Los españoles no se mueven. Tienen razón de no moverse. Toda la razón. No seré yo, desde la seguridad de la otra orilla del Atlántico, quien los incite a la acción. Por lo menos, mientras yo mismo no encuentre un motivo suficiente para dar el salto y regresar a España.

«Que se muevan los que no corren grandes riesgos», me decía un viejo militante sindicalista (19 años de prisión). «Nosotros conservemos nuestros cuadros y procuremos rejuvenecerlos, para estar listos cuando llegue el momento». Tiene razón. Porque en España hasta la justicia es de clase. El mismo día en que Ridruejo y Tierno Galván fueron absueltos, en el callejón del Reloj — donde tiene su tribunal el coronel Aymar — fueron sentenciados a ocho años de prisión dos obreros detenidos cuando repartían manifiestos contra el régimen. Uno de los propios absueltos me lo contó. Al decir esto no quiero disminuir el valor de quienes hacen oposición a Franco desde las filas de la clase dirigente

de la sociedad española (que ya no es, casi, la clase dirigente del Estado). El valor intelectual de esta gente es tanto como el de los viejos militantes y su actividad es tan útil como podría ser la de éstos.

Pero la masa de los españoles, que trabaja diez, doce, quince horas diarias ¿por qué se iba a mover, a correr riesgos? ¿Para darle el trono a un pretendiente que no se arriesga ni siquiera a tomarlo?

España — es decir, el país cuya situación es función, hoy de dos fuerzas extrañas a él: Franco y los Estados Unidos — necesita con urgencia dos cosas: constituirse en problema para los Estados Unidos y tener un programa para sustituir a Franco.

Hasta ahora, los emigrados y la oposición se han preocupado siempre de ofrecer combinaciones para suceder a Franco: monarquía, plebiscito, grupo de generales... Nada de esto tiene fuerza para arrastrar a la gente, para inducir a correr riesgos. La incomodidad de la situación presente es, precisamente porque abruma a todos, menos insoportable que lo sería el deseo de hacer de España algo concreto, definido, y la imposibilidad de satisfacer este deseo. Franco estorba y molesta. Hay que conseguir que Franco sea un obstáculo al logro de unas aspiraciones bien claras y bien hondas. Es decir, hay que ofrecer a los españoles soluciones concretas por las que luchar.

Estas aspiraciones están ahí, en nuestras raíces mismas de españoles modernos: tierra, gobierno, derecho al pataleo, descentralización...

Crear que apaciguaremos a las derechas hasta el punto de que se decidan a echar a Franco a base de no plantear claramente los problemas de España, de no ofrecer soluciones a estos problemas, equivale a olvidarse de lo que es la política. Las derechas echarán a Franco el día que las izquierdas (desde Ridruejo a la CNT) estén en condiciones de poner término a su reinado. Y entonces podrán regatear más o menos, pero habrá la posibilidad de imponer soluciones.

Que esto haya de recordarlo en el año 1961 no es culpa de los españoles de España. No puede exigírseles que lo intenten todo. Es culpa de la emigración. Por muy clara que sea esta culpa, tal vez no resulte ocioso demostrarla.

ESPAÑA AL GARETE

La colonia española de refugiados de un país americano ha ofrecido al gobierno una escuela, que se llamará «República Española». La escuela cuesta una fuerte suma, reunida por suscripción entre los exiliados. El país ha sido con ellos muy acogedor y esta prueba de gratitud es merecida.

Pero los ciudadanos de ese país sin duda se preguntarán si el gesto es de simple gratitud o si en él hay una cierta dosis de halago convenenciero. Porque no es un secreto para nadie que en los veinte años que llevan viviendo en ese país, los refugiados españoles no han hecho ninguna de esas otras cosas que habrían dado muchísimo más realce a la escuela.

No crearon una editorial destinada a proporcionar obras que de otro modo no pudieran leerse en

España y a publicar libros de autores españoles que no se pudieran editar en España.

No han establecido ninguna escuela de cuadros o instituto de educación política o algo semejante, en el Sur de Francia, para formar a los jóvenes españoles que, por sí mismos, han llegado a ser oponentes del franquismo.

No han instalado ninguna estación de radio, más o menos clandestina (no habrían de faltar lugares para ella), que informe a los españoles y rompa el monopolio de que goza Radio Praga.

No han formado ninguna institución sólida, estable, que reúna a españoles de dentro y de fuera, para estudiar en equipo los problemas nacionales y buscarles soluciones viables.

No han establecido un fondo permanente para atender a los españoles que van a la cárcel o a los que, en el exilio, no pueden trabajar. Lo que se ha hecho, en este terreno, ha sido poco, partidista y muchas veces ha estado a cargo de instituciones no españolas.

No se ha creado un fondo permanente que permitiera sostener las actividades de la oposición. Hoy, los grupos que quieren publicar un simple boletín clandestino, mimeografiado, han de comprarse el mimeógrafo, el papel, los sobres y los sellos. Y es difícil que se pueda hacer más, porque faltan medios económicos.

No se ha participado activamente (so capa de que el ser refugiado impone una mal entendida neutralidad) en los movimientos revolucionarios de Hispanoamérica, no se toma parte en lo que se hace para una reforma social de Hispanoamérica.

Entonces, ¿es que la emigración republicana no ha hecho nada?

..

Muchos refugiados, en América, han amasado fortunas y otros hemos conseguido un nivel de vida acomodado.

Han estado hablando, durante decenios, de la necesidad de unidad, han publicado docenas de revistas confidenciales, muertas a los pocos números, y algunos semanarios de partido u organización que alcanzan ya larga vida, destinados a convencerse a sí mismos de algo evidente: que tienen razón.

Se han dedicado a criticar a los que regresan a España... hasta la víspera misma del día en que, por motivos familiares, nostalgia o intereses, emprenden también el viaje a la península.

Y, sobre todo (en especial los personajes del pasado) se han consagrado con estúpida perseverancia a la tarea nobilísima de olvidarse del presente para justificar el pasado. La cantidad de justificaciones de actuaciones de antaño, de escritos pro domo y de apologías producidas por la emigración es asombrosa. Sólo cabe compararla a su inutilidad.

No quiero ser injusto. Hay muchas excepciones. Los emigrados en Francia no se han encontrado en condiciones económicas de emprender algunas de las cosas que debían haberse hecho y no se hicieron. Pero los refugiados en América, que en su inmensa mayoría gozan de una vida desahogada, no tienen perdón. Y conste que yo me cuento entre ellos. Probablemente, si los de Francia se hallaran en

América, se conducirían como los « americanos » y si éstos estuviesen en Francia, mostrarían la dignidad individual que la penuria impone.

Que esto es lo corriente en todas las emigraciones políticas, ya lo sé. Pero la emigración española era distinta de todas las restantes. Había en ella un hecho clave, ausente de las otras: la posibilidad de regresar al país.

Y la verdad, nos duela o no, es que después de haber perdido la guerra, hemos perdido el país.

Hemos dejado a España al garete, en un momento en que únicamente nosotros podíamos darle un rumbo.

..

Claro que nos consolamos — y con sospechosa facilidad: nos llamamos pomposamente la España peregrina, cuanto en realidad, somos los que huímos del país por miedo a las represalias, para salvar la piel. Y es bueno que así fuera. Pues si hubiésemos salido por una supuesta incompatibilidad con el régimen, seríamos imperdonables; nuestro deber era, de haberse podido cumplir sin riesgo extremo, el quedarnos a hacer frente, con otros medios, a un régimen que con las armas no habíamos podido evitar.

Pero nuestra vanidad quedó aplacada con lo de la España peregrina. Y, al mismo tiempo, se disimuló así el egocentrismo de unos, la estrechez de miras de otros, la falta de imaginación política de muchos, lo bajo de techo de no pocos... es decir, nuestra impotencia para proporcionar a España un rumbo.

Hubo una época en que no faltaban los medios. Cuando ese primer ministro de paja que se llamaba José Giral estableció en París un gobierno con ministros, subsecretarios, directores generales y jefes de negociado, las condiciones estaban maduras para dar a España un rumbo: habría bastado con saber decir lo que queríamos que España fuese. No habría caído Franco, pero la oposición habría podido crecer, disponer de medios y actuar. En vez de eso, los ministros, los subsecretarios, los directores generales y los jefes de negociado se pasaban los días calculando lo que el Estado les debería pagar de haberes atrasados, primas, gratificaciones y ascensos, el día en que las potencias democráticas les echaran a Franco... Se acabó el dinero, se acabaron los cargos y se quedó en París un membrete y en España quedaron millares de presos que habían actuado esperando la ayuda, la simpatía activa y **hasta** — ¿por qué no? — la lucha de los exilados.

Desde ese momento, el exilio ha sido una carga muerta para el país, mucho menos pesada, económicamente, que la del régimen franquista, pero tan grave como ella en el terreno de las ideas.

Ya sé que me expongo a que los **franquistas** me citen fuera de texto y aprovechen alguna de estas frases para llevar agua a su molino. Pero no voy a dejar que ese riesgo se convierta en una **mordaza**, sobre todo cuando ya no hay agua en el mundo que pueda mover al molino franquista.

..

He oído a algunos emigrados que han dicho, desvergonzadamente:

— ¿Por qué aquéllos que ponían bombas durante la república no las ponen ahora?

Y he tenido que contestarles:

— Porque ahora no tienen tiempo, han de trabajar quince horas diarias. Porque tú y otros, muchos otros, como tú, no sois capaces de sacrificar unos pesos para que en vez de trabajar se dediquen a fabricar bombas, o se compren pistolas con que defenderse de la policía, o puedan escuchar una radio amiga, o sepan que, si van a la cárcel, la miseria de los suyos no irá a aumentar la miseria de sus compañeros de lucha.

Lo vergonzoso es que esto deba todavía decirse al cabo de diez años (520 meses) de haberse repetido la misma escena de final de mes en millares de hogares de exilados: revisar la cuenta del Banco, planear la compra de una casa o de un coche, hablar de enviar « a la niña » a estudiar a Suiza o al Canadá, y luego saborear, junto con el coñac las estadísticas que demuestran, en cualquier artículo de cualquiera de nuestros periódicos, que en España la miseria es increíble, feroz, implacable.

Nuestra emigración es una emigración como cualquier cosa. Mejor reconocerlo y dejarnos de fanfarronadas. No hemos hecho nada por España — y lo escribo en primera persona —. Si pudiéramos regresar a España ¿cuántos no lo harían porque deberían atender a sus negocios! Esto es humano, ya lo sé. Lo que no es tolerable es que, siendo así las cosas, los exilados se consideren todavía con derecho a juzgar a los de dentro, a poner les vetos o fijarles conductas, y que pretendan dirigirlos.

Y esto es lo que los de dentro — incluso los más disciplinados de los viejos partidos y centrales — empiezan ya a no tolerar.

Tal vez esto nos baje los humos y cree las condiciones previas para que, entre todos, procuremos darle un rumbo a nuestro país.

..

La emigración ha tenido dos fallas fundamentales. Todavía es tiempo de repararlas aunque nadie podrá reparar los sufrimientos, muertes y miserias que estas fallas han causado en los veinte años de franquismo.

La primera falla fué la de no haber sabido nunca hacer de España un problema ni para los españoles ni para los extranjeros. Preferimos confiar primero en las potencias democráticas y recriminarlas después, posiciones ambas completamente estériles. Franco dice que él es el orden, pues hay que demostrar con hechos que no lo es. Dice que es la protección del país contra el comunismo; pues hay que demostrar que esta protección es falsa y que la única válida es la democracia con justicia social. Y, sobre todo, hay que hacer que para los países democráticos y para los españoles influyentes resulte menos peligroso librarse de Franco (con todos los riesgos que esto entraña) que dejarlo continuar en el poder.

La segunda falla de la emigración ha sido nuestra incapacidad teórica. No aprovechamos la lección de la República y de la guerra civil. Nos tapamos los oídos con el algodón de las frases hechas (ayuda nazi, nointervención, traición de las

demoCracias, mantenimiento de las instituciones), y no supimos escuchar los ruidos de la realidad viva del país. Nuestra experiencia, si hubiéramos sabido darla a los españoles nuevos de dentro, habría sido el fundamento sólido sobre el cual levantar un programa para el futuro, habría orientado como una brújula, en la búsqueda de un rumbo para el país.

Y, naturalmente, a estas dos fallas ha acompañado la ausencia de un esfuerzo económico sostenido (por quienes están en condiciones de hacerlo) para ayudar a los españoles de España.

¿O habrá que concluir que la España peregrina, que comenzó su peregrinación para salvar el pellejo, la acabó adorando la cuenta corriente?

Fallas subsidiarias ha habido muchas más: No hemos sabido hacer presente a España en América, mejor dicho, en la revolución americana. Nos hemos limitado (y no es poco) a aportaciones culturales. Nos hemos sometido al fetiche de la unidad (de esta unidad que siempre frena y que nunca estimula, que siempre da ventajas a los moderados y esteriliza a los radicales). Hemos olvidado que la única eficaz es

la que se hace en la acción... Renunciamos a la acción, nos hemos refugiado en la unidad retórica de pactos y alianzas que se hacen y deshacen como una sardana de nostalgias verbales.

No hemos sabido hacer surgir de nuestras filas a dirigentes jóvenes y nos hemos contentado con una bobalicona veneración por los «grandes nombres» que, con esta adoración, eluden su responsabilidad, se consuelan de su fracaso y que procuran mantener a la emigración inmóvil (lo cual les cuesta bien poco), para evitar que se demuestre que tal fracaso no fué producto sólo de las circunstancias.

Ya va siendo hora de que salgamos de este marasmo en que nos ha sumido la bonanza de la emigración en América, el frenesí de justificarse de los dirigentes y el temor a la acción por miedo a volver a fracasar.

Ya es hora de que la emigración vuelva a ser lo que potencialmente ha sido siempre: la única parte del país que conserva la memoria.

Lo que esta memoria puede dar a España, lo veremos en el próximo artículo.



Buzón

ALICE LARDE DE VENTURINO: Recibidos sus dos libros en fecha 25 de septiembre, es decir, este mismo mes de 1961. Suponemos su impaciencia al observar nuestro silencio, por demás involuntario. Agradecemos de sus dedicatorias y prometemos que los dos tomos de «La electricidad en los fenómenos bio y psicológicos» serán tenidos en cuenta por esta redacción para su rúbrica correspondiente.

Transpirenaica

SEA la expansión del Universo, después de la explosión nuclear, sean las nebulosas el origen de los mundos, esto no nos da más que una pálida idea de la inimaginable verdad. En todo caso de las leyendas universales el hombre no conoce más que lo que su potente energía cerebral ha logrado descifrar a fuerza de estudios prolongados, experimentos continuos, esforzando su gran espíritu y su incontenible curiosidad. Cada misterio descubierto, nuevos misterios le estimulan en la más animosa actividad. Comienza el genio humano seriamente a descifrar los arcanos, y a desentrañar las páginas más enmarañadas del gran libro de la Naturaleza, en cuyo empeño está su espíritu en dura lucha.

O la materia existió siempre, o tuvo un principio creador. Estas dos hipótesis que pugnan entre los hombres de ciencia y metafísica, anonadan nuestra pobre, torpe y limitada inteligencia. El reloj nos da la idea del relojero, como la existencia de la maravillosa Naturaleza universal nos la da de un gran principio creador. Detenido el hombre en esa frontera infranqueable del momento, formula las hipótesis más atrevidas, ingeniosas y audaces, interin no alcanza la Verdad, tras la que camina velozmente. Pero hay ya una verdad: la de que las grandes quimeras humanas son relativas en su espíritu fundamental, y que a la ciencia está reservado el privilegio de descubrir por entero el origen de la vida, de dónde venimos y hacia dónde vamos.

Cuando del choque de los átomos se nos dice que nació el movimiento y le vemos correr a velocidades que nuestra pobre mente es incapaz de apreciar, la luz a 300.000 kms. segundo, algunas nebulosas a 253.000 kms. por segundo, comprendemos que algo inimaginable se mueve sobre nuestras cabezas, legando a la Humanidad el porvenir más fabuloso. Inmensos espacios inexplorados por la planta del hombre, son otros tantos tesoros que estimulan su sabiduría empujándole a desterrar de su alma los abrojos, asentando su vida sobre los fuertes cimientos de la bondad. Será entonces cuando penetrará en los misterios de una Naturaleza que aún no comprende y lamentará profundamente los daños que infligió a su igual, el hombre, cuando apasionado quería imbuirle en «sus verdades».

El número de nebulosas hoy conocidas por la Astronomía excede de más de mil millones, y cada nebulosa

Alegría de la naturaleza

sa es una galaxia semejante a la nuestra en la cual se mueve nuestro universo y nuestro sistema. Inmensos mundos en formación y en estado evolutivo se mueven en los espacios extragalácticos cuyos mundos están destinados a albergar la vida. La vida es el signo del movimiento y nada puede escapar a su colosal destino. La pequeña vida del hombre en el inmenso organismo, es como el infusorio en la gota de agua, vive en ella breves momentos agitándose nervioso y se transforma para dar vida a otras vidas. Sujeto todo a inexorable transformación, nada perece en el gran Todo, y las miles de jacetas con que se produce la vida en nuestro insignificante Globo representan sólo la matizada armonía de un Gran Plan general. Nada puede detener el brazo del imponente Ejecutor en la consecución de su gran fin que no puede ser otro que la armonía. La aparente desarmonía de su ejecución incommensurable en el gran parto de la vida es la batalla de la materia caminando a su más alto desarrollo.

Nuestra Tierra, ese pequeño átomo del Universo, ha pasado por todos los grados evolutivos inherentes al Gran Plan incomprensible. Unos gases incandescentes moviéndose veloces en la ardiente nebulosa, llevaban en suspensión el germen que habían de comunicarla forma y vida, y, cuando a través de las miríadas de Cronos, Febo quiso admitirla en su corte, comenzó a solidificarse la materia recorriendo sus primeras eras tormentosas. El Globo ardiente elevaba a inmensas alturas su descomunal cabellera en densos gases atmosféricos, mientras que los materiales más pesados se movían en agitada fusión a unos grados de calor incalculables, y formaban los primeros elementos que dieron base al núcleo cuyo radio se calcula hoy, según Adams y Washington, en 3.400 kms. Cada 33 metros de profundidad la temperatura aumenta de un grado y, si este aumento progresivo es gradual, el calor del centro de la Tierra debe ser del orden de más de 100.000 grados. Un autor y Arrhenius llegaron a suponer temperaturas del orden de los 193.230 grados, pero hoy está generalizada la

por Delta LUZ

creencia que sólo puede alcanzar los 3.000 a 4.000 grados.

El sucesivo enfriamiento de la nebulosa-Tierra hubo de condensarla, necesariamente, en masa líquida formando unos vapores que se elevaban a alturas muy superiores de las que hoy conocemos y, descendían en horribles diluvios sobre la apenas consolidada película, arrojándola en agua como un mar inmenso inflamado. Agitado por enormes tempestades, no podemos ni imaginar —dice un autor— las escenas admirables, terribles, ocurridas en esas regiones, necesariamente sometidas a tormentas de las cuales, ni las violencias equinocciales nos dan la más ligera idea. Esas aguas, sales, metales y cuantos elementos conocemos hoy en forma de dura roca, no eran sino, vapores que el sucesivo enfriamiento ha consolidado. Nada hace dudar, nos dicen, que la Tierra en su segunda fase evolutiva ha permanecido en estado líquido y, su mayor prueba es el aplastamiento de los polos.

Las aguas del mar alcanzaron la temperatura y composición química convenientes y en su seno comenzó la vida. Las algas fueron sus primeros habitantes y de ellas arranca todo el proceso evolutivo hasta nosotros. El gran Organismo no cesa en crear y, cuando sobre los continentes emergidos aparece más favorable la situación, los vegetales y los animales dejan su huella primaria sobre el inseguro suelo. Pero ya las aves entonan sus canciones en los suburbios matutinos y vespertinos, sin que ninguna mente inteligente pueda contemplar aún tanta belleza. La Naturaleza está cocinando aún esa mente inteligente en su gran olla evolutiva, para que luego la cante en sublimes versos y en armónicas notas. Por fin de la retorta cuaternaria surge en la más apasionada evolución ese tipo animal, llamado hombre, en cuyo grupo zoológico había de colocar la maravillosa Naturaleza la coronación de su magna obra. El hombre, después de limar un poco su irracionalidad, toma en propiedad la Tierra y se encumbra en el sitio más alto.

Así, pues, el hombre y sus vanidades es sólo un poco de vapor y de gas microscópico consolidado a través de los tiempos, bajo el imperio de enormes violencias. Antes de asentarse su pie sobre un suelo firme y seguro, anduvo desnudo, perseguido y acosado como una alimaña. Cuando apenas había conseguido construir su cabaña en estériles jornadas, la tierra se abría para tragárselo en sus disformes fauces, y toda su paciente

obra evolutiva se sumergía bajo grandes capas de agua o tierra enfurecida. Grandes civilizaciones han desaparecido engullidas como por encanto, antes de que la Tierra alcanzara su relativo y aparente reposo. Inmensas y espesas nubes de cenizas y de polvo de origen volcánico cubría sus ciudades, torrentes de ardiente lava asolaban su casa y sus campos, destruyendo en breve espacio de tiempo el trabajo de generaciones.

Toda la superficie de la Tierra se compone de estos tres elementos principales: sílice, carbonato de cal o piedra caliza y la albúmina o arcilla. Sobre estos tres elementos el hombre labra su felicidad que le dan, con su laboreo, el sustento y la vida. La tierra para ser altamente fértil —dice un autor— debe contener estos tres necesarios elementos; si uno de ellos falta, la fertilidad disminuye, y si alguno predomina con carácter exagerado sobre los demás, la vegetación languidece. Mas, como el hombre puede recurrir a enmiendas inteligentes, puede regular el grado de la fertilidad a placer y asegurar las cosechas para que las generaciones cubran sus necesidades animales a la par que se entregan al cultivo de las ciencias, de las artes y demás alimentos del espíritu.

De la tierra germinada arranca todo el proceso evolutivo del sinatrope moderno y, su genio ha creado una refinada y complicada existencia que le convierte en señor de la nebulosa consolidada. A tal grado relativo de perfección llega su genio, que pulsando un conmutador pone en movimiento potentes fuentes de energía, que a su vez mueven con impetuoso poder otras fuentes de inapreciable fuerza. Puede ya abandonar el suelo firme de la Tierra y remontarse a los millones de kms., en busca de otras humanidades, de otras vidas extraterrestres. Puede hundirse en los abismos de los mares y contemplar sus misterios. Tuerce el curso de los ríos, mueve las montañas, y si le impulsa su locura, puede apretar con el índice un botón y destruir la faz y la vida en la Tierra. A enormes distancias habla y ve a su semejante, repone la vida, detiene la muerte, recompone y transforma la propia naturaleza. Para el espíritu ha creado, también, maravillas rítmicas, bellas sinfonías, ideales sublimes, conciertos logrados, pero, ¡ay! ciertas lagunas en la circunvolución de su cerebro le torturan en la más descomunal locura. Esa es la causa de que además viva en una constante bacanal de sangre fraterna, y de que no consiga asentar decididamente su alma sobre el insoslayable respeto al prójimo. Es que aún es mitad australopithecus mitad hombre moderno. Tiene un pie

aún en el hogar de Chukutien o en las calizas de Rhodesia y el otro juega a modernidad.

En la Naturaleza, aunque a veces se comporta como una mala madrastra, todo es alegre, encantador, armonioso. El bosque canta y ríe, la montaña, la planicie, el valle, el río, ofrecen al hombre su tributo de alegría a través de sus naturales bellezas y por medio de millones de seres que cantan a la vida que les mueve. La rosalear, la floración, la clorofila, proyectan al paisaje que inundan con sus penetrantes perfumes, con su cromática inimitable, el parto primaveral en la eclosión de sus maravillosos encantos. Si mira el hombre al cielo, su azul le conmueve, si al Sol, le destumbra, y si se sienta en paz en la linde a pensar no puede menos de sentir la necesidad de ser bueno. ¿Por qué, pues, no lo es?

Sumergida la criatura humana en medio del concierto de la Naturaleza todas las fibras de su sensible alma se conmueven de alegría. Es más, a ella acude con sus quimeras, con sus pesares y ella le atiende como una buena madre solícita. Lo mismo da que se detenga a las orillas del mar escuchando su dulce mugido, como que se remonte a las cumbres bañándose en la luz. La alegría, el bienestar, siempre llegan a despertar en el corazón humano los sentimientos más nobles, la alegría de vivir.

Las noches de luna, o las centelleantes bajo las constelaciones remueven emocionalmente los sedimentos de su pobre alma atormentada. Un influjo bienhechor despierta en el nobles ideas. Le hace poeta, filósofo, padre, esposo, hijo y hermano buenos. Hasta tanto llega la reversión de su alma afligida, que en un momento de sinceridad consigo mismo quisiera borrar los dolores que aquejan al mundo, a la atormentada sociedad. ¿Por qué, pues — repetimos — no es bueno? ¿Por qué se olvida de golpe de las nobles ideas que despertaron de su letargo al conjuro de la alegría de la Naturaleza, cuando de nuevo está junto a la caja de caudales, en el tajo cotidiano de las diferentes profesiones y destajos, convirtiéndose en lobo del hermano lobo?

Todas las maravillas del Universo le son comunes y fueron creadas para que las goce en paz. Para eso fue dotado de un alma inteligente que no le disculpa de sus aberraciones. Difícil es poner orden en el alma del mundo actual, batido por todos los desórdenes anímicos. Difícil es conciliar los egoísmos insuperables, las avaricias descomunales, los intereses distintos creados en torno a los grupos y sus dioses. Difícil es, pero es necesario trabajar en paz para que el

pan alcance a todos sano y sabroso y la alegría de los pueblos sea la consecuencia del bienestar y la fraternidad.

«No más discordias». Todo se le ofrece al hombre en portentosa floración. Con sólo tender su mano desarmada de odios y armada de fraternidad, puede poner orden en el desorden general, en la lucha fratricida entablada alrededor de los intereses de los grupos y de los individuos. «No más discordias». Arriba los corazones limpios de ponzoña, capaces de orientar a esta sociedad perdida en la noche sin luz, en las tinieblas de los negocios más negros, a consecuencia de los cuales gimen millones de criaturas humanas en el más triste abandono.

«Animo, Hombre». Destierra del mundo esos hogares tristes y lóbregos, vivero implacable de cruentos males, y que las multitudes satisfechas sientan la alegría de vivir. La conciencia del mundo en su más alto nivel del derecho humano, condena airada a los malhechores que ponen lágrimas diarias en los ojos suplicantes de millones de seres sin amparo.

Para ricos y para pobres. Para todas las razas humanas. Para todo cuanto alienta, el final del drama siempre es el mismo. Devuelve el hombre a la Naturaleza los elementos que tomó de ella: al sol, la luz y el calor. El oxígeno, al aire. Los azúcares y las sales, a los vegetales. Y a la tierra, un puñado de polvo gris, los minerales, que luego arrastra y dispersa el viento. También nuestro Sistema un día caminará muerto y oscuro por los espacios siderales. Nada quedará en él de la obra de los hombres que vivieron en su seno. Lo bueno y lo malo de esa obra se perderá en el olvido de los tiempos, y si las almas sufrieran y gozaran según la dogmática de los teísmos, acaso el lamento de millones de esas almas se oíría en la constelación de Hércules, lugar donde, según la ciencia, arrastra el Sol a todo su sistema. El lamento de los malos podría infundir a los posibles habitantes de los mundos de aquellas vastas y lejanas reiones cósmicas impulsos de bondad, si por desgracia sus vidas fueran tan imperfectas como la nuestra. Esta lucubración teísta, sacada a colación por nosotros, no tiene otro valor concreto que la moraleja. El concepto teísta no puede abandonar al hombre en sus lucubraciones, desde el momento en que además de ser una de sus creaciones, es también un campo donde reinan los intereses creados.

En fin. Fraternidad, entendimiento y razón, o perecer. Esta es la encrucijada en que se debate hoy el mundo.

La guerra de España pasa a la historia

EN julio de 1936, luego de un largo período convulsivo, las fuerzas sociales en presencia en España entran en violenta colisión, iniciándose una guerra civil que ensangrentó al país durante casi tres años. Guerra y revolución al mismo tiempo, la contienda española levantó en vilo a la opinión mundial, escindiéndola enconadamente en un fervoroso pro o contra que descartaba tajantemente los matices. Los conceptos de izquierda y derecha se perfilaron allí como nunca después, insuflados de un contenido militante y vigoroso.

Para los espíritus decaídos por el incesante apogeo del nazi-fascismo, victorioso en todos los chantajes diplomáticos, la respuesta armada del pueblo español a la sublevación militar significaba el comienzo de una recuperación impostergable por más tiempo. Pero desgraciadamente, todavía se dejó en manos de gobiernos tímidos, solapados o temerosos la decisión de ayudar al triunfo popular en España. Finalmente, el Pacto de Munich selló esa política que sólo podía desembocar en el desastre. Y así fue.

★

Perdida la guerra de España, su impacto emocional sobrevivió a lo largo de veinte años, reflejándose a través de numerosos testimonios literarios. Algunos escritores de primera fila en el ámbito mundial fueron marcados a fuego por aquel gran acontecimiento. Para ellos fue como vivir una primavera revolucionaria que prometía un porvenir espléndido.

Hemingway, que acaba de morir, fue uno de los que más rejuvenecidos salieron de aquel baño lustral. Hasta se ha llegado a decir que su madurez espiritual y su conciencia política nacen entonces ante el espectáculo de todo un pueblo luchando enardecido por la libertad. El escribió en alguna parte que «es posible vivir en setenta horas una vida larga de setenta años».

La intensidad con que se vivieron los años de la guerra de España fue una experiencia inolvidable para los protagonistas. Esa experiencia la ha definido con estas significativas palabras el poeta americano Octavio Paz: «La guerra de España representa un acontecimiento capital en mi vida que me marcó para siempre. Descubrí entonces una posibilidad para el hombre, y entreví que allí se perdía algo cuya reconquista exigiría quizás siglos enteros: la tradición revolucionaria no marxista».

En la novelística contemporánea la impronta de la guerra de España es evidente y puede rastreadse en escritores de distintas latitudes y conviccio-

nes. El suizo Max Frisch y el holandés Jeff Last; el italiano Pavese y el sueco Dagermann; los ingleses Auden y Spender, y los norteamericanos Mailer y Williams, entre otros muchos. Libros enteros tienen por escenario el fondo heroico de la guerra española. «La Esperanza», de Malraux; «Los niños de Guernica», de Kesten; «Los grandes cementerios bajo la luna», de Bernanos; «Por quién doblan las campanas», de Hemingway; «Homenaje a Cataluña», de Orwell; «El Muro», de Sartre; «Agente confidencial», de Greene...

★

Terminando la guerra civil, y paralelamente a esos testimonios literarios, cuya significación es más emotiva que histórica, empiezan a producirse algunos documentos que tratan de justificar actuaciones políticas, participaciones protagonizadas en la conducción de los acontecimientos. Sin embargo, aún estamos por entonces lejos del rigor, y también de un afán legítimo de restablecer la verdad en sus más cabales dimensiones. Se trata de libros apresurados y demasiado personalistas, ajenos a toda perspectiva histórica — los hechos estaban demasiado calientes — y a la necesaria sedimentación y ecuanimidad. Incluso hoy puede discutirse su validez a título de testimonios parciales. Las nuevas investigaciones están demostrando que fueron inspirados por las prisas justificativas o por el no muy noble propósito de endosar errores y culpas sobre el vecino. Las causas perdidas son pródigas en este tipo de «documentos». Y la guerra de España no iba a ser la excepción.

Cada sector político encontró su estrategia de la justificación, que a veces hablaba por cuenta propia también, configurando ese galimatías literario sobre la guerra civil al que los nuevos historiadores sólo pueden acercarse con mucho cuidado. Un lector desprevenido que se asome actualmente a las páginas de «La velada de Benicarló», de Azahar, a las de «Yo fui ministro de Stalin», de Hernández, a las de «Por qué perdimos la guerra», de Santillán, o a las de «Historia de la Guerra de España», de Zugazagoitia, se sumirá en la más contradictoria perplejidad porque resulta que a través del testimonio de hombres representativos de aquella época las conclusiones son dispares y enemigas, los hechos aparecen con una significación plural y casi siempre antagónica. Pero es que esos testimonios fueron redactados en el *climax* de las pasiones y los enconos, o en la amargura de la derrota, cuando interesaba más una versión propia o partidista de los acontecimientos que el afán

por extraer una lección de los mismos. Esto sólo empieza a ocurrir ahora.

Sin embargo, el hecho mismo de que el conflicto español no se haya dado por clausurado definitivamente, aunque una nueva generación haya crecido en España y en el mundo, hace difícil que la tarea de historiar la guerra de España incite a ciertos especialistas desapasionados y objetivos. Más pronto los estudiosos que han emprendido esa tarea han sido movidos por la simpatía o la adhesión espiritual reforzadas por el evidente designio de ver más claro y más lejos que aquellos embanderados protagonistas cuyos libros no rebasaron una dudosa categoría personalista.

★

Todavía ahora — como confirmando que las heridas abiertas por la guerra de España no han sido cicatrizadas para todos — se publican algunos de esos testimonios personales, como es el caso del libro de Nenni — «La guerre d'Espagne» — serie de artículos y discursos del dirigente italiano escritos a lo largo de la guerra civil y, naturalmente, muy parciales y partidistas. La mayoría de los testigos de filiación marxista que fueron a la guerra de España nunca pudieron entender muy bien que una revolución se orientase por otros cauces que los prescritos en la doctrina y faltos de comprensión para ese fenómeno se han pasado la vida criticando lo que no entendieron. También se ha exhumado una serie de artículos de Saint-Exupéry, publicados recientemente en castellano con el título de «Un sentido de la vida», y en los que el gran aviador y escritor francés ofrece una visión cristiana, sentimental y dolorida de la lucha española, viéndola como una masacre fratricida y estéril.

Pero lo más importante en este renovado interés por la guerra de España, son los libros que, por fin, estudian las causas del conflicto y el conflicto mismo, además de sus derivaciones ulteriores. Incluso en los últimos años, en una universidad inglesa se ha estado preparando un estudio que promete ser amplio y profundo sobre el asunto, y a su recinto fueron llamados algunos de los prominentes *dramatis personae*, sin hacer caso de sus tendencias. Esa variedad comprende desde los falangistas a los anarquistas y es de esperar que el resultado de esas extensas investigaciones nos acerque a una comprensión definitiva y global del problema de España, uno de los más apasionantes de este siglo. Por ahora conformémonos con algunos libros dignos de tenerse en cuenta que han visto la luz en los últimos tiempos.

★

«La C.N.T. en la Revolución española», obra en tres tomos de José Peirats, es el primer intento de consignar documentalmente y con amplitud la trayectoria, la significación y las responsabilidades del anarco-sindicalismo español en la revolución y en la guerra. Como es sabido, el anarco-sindicalismo era, en número de afiliados, una de

las fuerzas sociales más importantes del país, y por su espíritu combativo, su cohesión orgánica y el dinamismo de sus militantes sin duda alguna la primera fuerza revolucionaria de España. La obra de Peirats es una imprescindible aportación crítica a la historia de ese movimiento, escrita, si no con objetividad absoluta, sí con honestidad intelectual y afán de servir a la verdad.

La tesis de Carlos M. Rama, publicada en México con el título de «La Crisis Española del Siglo XX», aporta infinidad de datos al esclarecimiento del drama español, aunque refiriéndose fundamentalmente al problema del Estado y estudiando, en ese sentido, las relaciones entre el Poder y la Revolución durante la guerra civil.

Otro libro que está dando que hablar es el de Burnett Bolloten, qu fue corresponsal de «United Press» en España y cuya edición inglesa apareció este año con el título de «The grand camouflage». Este libro parece dirigido a establecer las responsabilidades de los comunistas en el desastre español. En principio se esperaba que el libro de Bolloten, que había tenido acceso a enormes cantidades de documentación sobre la guerra civil, viniera a ser una documentada historia política de la revolución y de la guerra de España. Al parecer los editores se han contentado con la selección de una parte del material y remitido a las calendas griegas la publicación del libro completo. El hecho de que acabe de traducirse y publicarse en España parece revelar que se trata de un libro furiosamente anticomunista redactado con material indiscriminadamente utilizable.

La última aportación en fecha a esta apasionante cuestión histórica es el grueso volumen de los franceses Pierre Broué y Emile Témime titulado «La Révolution et la Guerre d'Espagne», en el que los autores, que sólo tenían diez años de edad en 1936, se aplican a investigar el drama y a establecer sus concomitancias con la situación mundial en aquel tiempo. Es, junto al de Peirats, un estudio serio de causas y efectos, de las fuerzas en presencia, de las orientaciones, desviaciones y derivaciones de la Revolución, del desarrollo de la guerra y de las presiones a que estuvo sometida, tanto por las intrigas de los sectores que integraban el bando republicano como por las potencias extranjeras.

Broué y Témime no dejan de reconocer su simpatía por la causa popular y hasta puede apreciarse su orientación política en el libro. Por eso levantará objeciones, refutaciones y ajustes, que sin duda, necesita. Al fin y al cabo, es con estas obras que recién comienza a escribirse la historia de la revolución y de la guerra de España, acontecimiento demasiado próximo y explosivo como para que se le manipule con desapasionamiento y objetividad absolutas. En realidad, cuanto concierne a España es apasionante y polémico todavía, difícilmente encasillable y de ninguna manera definitivo.

y la escarcha, las rudas sequías y los estios abrasadores, tienen un sentido de devoción y no de desgracia. Los agentes de la naturaleza no son una maldición para el hombre de la tierra, sino una consecuencia, frente a cuya adversidad aparecerán próximas primavera, con cantos de pájaros, silbidos de trenes y ranchitos con humo brotando de las chapas. Y entonces, volverá a roturarse la tierra, y en ella se depositará la semilla y la rastra pasará sus dientes acariciadores sobre el rastrojo labrado. Vendrá el brote asomando su delicada cabecita a la superficie, temeroso y descuidado, en procura de los rayos del sol y luego será plantada que fructificará para llenar la casa de hartura, y para que todos los habitantes, olvidados de las privaciones, tengan una mesa abundante y unos domingos con siesta y picnic. Pedro Godoy, que es tan personal en su poesía, sabe que todo eso se lo debemos a los accidentes climáticos y por eso los trata con ardoroso carino, con verdadero afán, volviéndolos casi humanos.

AL FRONDA

Indiferente, cálido, sensual,
en aletazos lerdos atraviesas
los narcóticos meses del verano.
Y en las siestas...
en tanto las viejitas a sus nietos
a la sombra de un sauce les recuerdan
a los duendes errantes
deslizas, a los lejos, tu silueta
en remolinos grises.
Y te pierdes...
en un tirabuzón de polvareda
por las lagunas, que parecen llagas
sobre la pie reseca de la tierra.
Como un pobre sonámbulo en la noche,
se levanta del lecho, y se contempla
en el opaco espejo del aljibe
con muda indiferencia...
Desde lejos, del norte, conduciendo
en el cóncavo molde de tu diestra
el encendido beso de los trópicos,
lo depositas en las carnes hembras,
en bocanadas de sensualidad
que enerva las coyundas en las venas...
Y hasta la misma tierra en sus entrañas
se siente madre y su ardor se entrega
a su deber supremo, fecundando
los trigos y las selvas.

y el presente, paso transitorio, como simple frontera a través de lo desconocido hacia el ideal.

La muerte lenta, con los ojos abiertos, y los miembros inmovilizados, asoma sus dentazos a la mente dolorida. Y la duda, que hizo titubear a la generación anterior, asalta nuestra imaginación, invadiendo los campos del alma. Nos acusamos a nosotros mismos de haber destruido, en una lucha inútil, las únicas energías, con olvido de lo que representamos como promesa del porvenir. La novela, el poema y el ensayo carecen de la firmeza que impone la confianza, de la seguridad. El pulso tiembla y la imaginación no responde a las intenciones, presentándonos como los hombres más indiferentes del siglo.

En este lapso apenas si hemos construido determinado número de imágenes de las que pueda hablarse con respeto, con fuerza y vigor suficientes como para eternizarse. Los sentimientos apenas si adquieren proyecciones más allá del instante en que fueron despertados. La literatura es un problema de humanidad, como todo cuanto concierne al individuo y es el hombre quien debe alcanzar aquí su grandeza, por la libertad de poder realizar en su imaginación el instrumento que conduzca a la dicha. Por ello, una deuda hemos contraído con el futuro cuando el escritor y el poeta no cumplen con su misión. Los hombres son múltiples y la dimensión de sus sentimientos infinita. La temeridad de los juicios, la incertidumbre en las concepciones, el tanteo dudoso y el sentimiento trastornado, conducen a la deformación estética. Y el arte surge herido, siendo preciso un largo movimiento de reconstrucción que otrora duró siglos.

Pareciera que el destino traza su curva sobre la vida de las generaciones que dudan. El recorrido de oriente a occidente que sigue el sol, como símbolo de libertad e históricamente siguen las corrientes humanas, se detiene entonces. Y como todo el pasado no se reproduce ni repite con exactitud, sino en líneas generales, porque el hombre es un producto que evoluciona al compás de la historia de otras generaciones, es preciso volver los ojos a lo que fué, a las obras maestras y arrancar desde allí hacia una nueva reencarnación. De tal modo es que el simbolismo, como el más feliz de los ensayos de la pasada generación, no ha podido en fin de cuentas sustraerse a la influencia clásica ni olvidar la condición humana que inundó de ternura los siglos de oro del arte y de la poesía.

Aquí habríamos de llegar con nuestros bajeles destarados y la humanización resentida. El fenómeno es común, mas no ordinario. Los que nos han precedido crearon sus escuelas para desembocar en el romanticismo. Nosotros no somos sus continuadores simplemente, sino creadores de

futuro. En nosotros no se ha detenido el movimiento de la tierra: nosotros somos los forjadores de la historia nueva. El pasado no es combustible con suficientes calorías para trazar nuestro destino. Tendremos que cerrar las puertas de nuestras ciudades y echarnos a campo traviesa para derrotarnos a nosotros mismos, ganando el pan estético por lo que somos y lo que valemos. Tendremos que incendiar las naves de escuelas y prejuicios y construirnos para demostrar nuestra capacidad creadora. El ancho mundo, con sus nebulosas inquietudes, ha de ser nuestro universo y representación. En él están los motivos que han de inspirarnos para volvernos grandes. Y el humanismo, que encierra sufrimiento y alegría, placeres y llantos, hasta aquí siguió nuestros pasos, incapaces de sobreponernos a su influjo poderoso, a su acción predominante.

De cuanto hemos realizado apenas si podemos presentar un pequeño balance esquemático, tomando como ejemplo algunos poetas y escritores, perdidos para el público en el tráfico de esta lucha imaginaria contra los molinos de viento de la literatura. El instinto que nos guía, presenta en este aspecto ejemplos magníficos que se destacan con rasgos particulares, por su sencillez y contenido poético, entre los cuales debe contarse a Miguel Hernández. En nuestra lengua, otros poetas contemporáneos como García Lorca, Rafael Alberti y César Vallejo establecieron un parentesco íntimo por lo profundo de sus cantos y la anchura de sus concepciones. En ellos parece haberse cerrado un ciclo histórico. Y lo que pasa de aquí hacia adelante, no pasa de una simple continuación de imitadores en forma y estilo, aparentemente incapaces de independizarse por su propia iniciativa.

Aporte señalado a la literatura moderna lo constituye la producción de estas figuras sobresalientes en las nuevas concepciones de la poesía contemporánea. Su influencia llegó a los más apartados rincones del mundo latino porque su obra interpreta, en parte, un estado emotivo particular donde se confunde el humanismo con el simbolismo, la creación imaginativa con la belleza estética. Miguel Hernández, ajeno en parte a esa influencia, ha creado un estilo propio, si modernista en su fondo, con inmensas particularidades que le destacan entre sus contemporáneos.

Angustiado siempre, como producto de su siglo, las corrientes literarias se confundieron en este poeta, nutriéndose en sus fuentes al punto de establecer una lucha personal para romper con el escepticismo. Su arte es revolucionario y espiritualista. Atado a las normas poéticas que de la figura hicieron el centro nervioso, el idealismo le dió fuerzas para sobreponerse y trazar el ritmo de su poesía. De las

quisarlo. Con mucho de indio civilizado dentro de su piel, a sus ojos extraviados en lejanías, el paisaje porteño le proporciona muy pocas emociones. El pertenece a otro ambiente: sus poemas exhalan perfume de rosas y de trigo, a campo roturado, con rumor de vientos y de lluvias, a exuberante vegetación; recuerdan el ronquido del tractor y de las trilladoras, el rodar de carruajes, de cargamentos de cereales y de esa lucha eterna entre el hombre y la tierra, símbolo del trabajo fecundo que significa el esfuerzo, representante del genio creador.

Puso a prueba sus armas literarias desde muy joven. Sus primeros versos aparecieron en «El Trovador», periódico de la localidad de Junín que, como todos sus hermanos, aprenden para poetas. Desde entonces, ha llovido muchas días con sus noches y la bohemia experimentó grandes transformaciones. Producto de un siglo en que las batallas literarias se multiplicaron, discutiendo sobre las formas de elaborar las mejores bases de un mundo perfecto, para que el hombre sea hermano de su semejante, en aquellos poemas de corte romántico ya se perfilaba con singularidad meridiana el futuro vate que había de sentar notas imperecederas en la poesía rioplatense. Godoy era hombre que venía de afuera, de la lejanía, con tamaños ojazos como queriendo abarcarlo todo. En su bolsa de caminante empujando traza las estrías de un nuevo cancionero, con esa anchurosa dimensión de la campaña provincial que arranca desde las puertas de la ciudad porteña y avanza hacia el sur, hasta tierras del indio, conquistadas ayer por los procedimientos comunes a toda victoria ante un elemento más débil. Su poesía, sencilla como la vida del habitante de la campaña, no está hinchada de arrebatos épicos, con ruidos de sables ni clarines. No huele a pólvora, sino que es mansa y delicada, dulcemente lírica. Y va descendiendo hasta el fondo del alma y se nos hace querer, justamente por esas cualidades bucólicas. Hay en ella todo el amor, el dulce amor que nos conserna y contrita hasta hacernos suyo. Humanamente exuberante en imágenes, brotan de su verso como dardos luminosos figuras de agrado y sabor plásticos, que la hacen rica y auténticamente moderna.

Cuatro libros de poemas sirven de testigo insobornable para situar al poeta entre los más interesantes de su generación. Con Alvaro Yunque, César Tiempo y Francisca Luis Bernárdez, Pedro Godoy nos trae la voz legítima del campo, que encierra en un verso la pampa toda. Y nos la presenta sin artificios, en su plenitud, con su carácter agreste y barbaro, con ese salvajismo de la civilización agraria de pureza y libertad. Su melodía es también distinta a la de sus contemporáneos, pues que el río y la lluvia, el viento

y gelatinoso, sin fuerzas como para salir a flote y navegar libremente. Invasado por los acontecimientos, sustrae su propia individualidad y, lejos de pronunciar su palabra con voz alta que retumbe siquiera como la del pajar, domina con la canción monocorde del ritmo urbano, se conforma con formar parte del conjunto en este período de crisis, terriblemente cauterizante de una muerte lenta. El verso delicado y frágil, excesivamente cortado a la última sílaba, adolece del brío y lozanía que distinguen al poeta y le hacen grande. Terriblemente mutilada, la estrofa lleva luto y es absorbida por la situación dominante, donde desaparece ante su destino. Cuando algunas células se resisten a la desaparición, es preciso recurrir a los motivos suburbanos y al campo. La ciudad se queda sin poetas que canten sus angustias, que eleven himnos a su magnificencia, epinicios al esfuerzo desarrollado para su construcción. Que pulse el ambiente y le haga propia carne, exaltando los sacrificios anónimos sepultados entre los rascacielos.

La poesía mira la anchura, la distancia. Por ello cuando resiste estas influencias, huye de los poblados para saturarse de su propio ambiente. Lo más recio y melódico del verso argentino fué importado de las provincias, introducido en el suburbio como artículo de segunda categoría y finalmente logró conquistar su puesto de honor en la literatura. Las provincias aportaron al acervo del país genios como Sarmiento, Joaquín V. González, Florentino Ameghino, Joaquín Castellanos y el grande Almafuerte que llevaron su genio campesino al asfalto, al que le impusieron condiciones de triunfo. A éstos siguiéronle otros de tamaño y mejor estatura intelectual, pero actualmente también el hombre de provincia es víctima de las inquietudes e incertidumbres del momento histórico que le sitúan en decadencia, olvidándose de su pasado en la formación del país, renunciando a la sangre vertida en las épocas heroicas, que dieron por resultado la federación nacional. No es derrota, sino atonía, indiferencia por tanto contraste y agitación porque atraviesa el mundo, que también aquí la poesía expirantemente en esta hora trágica de los destinos humanos.

Entre los poetas de nuestra generación que se resisten a esa influencia, se salva de ser absorbido. Pedro Godoy, representante genuino de la poesía argentina en este momento en que pocos creen y piensan en poesía. Pedro Godoy, a quien con propiedad podemos dominar «Pedro el Panadero» como el cuento de Tolstoi, nació en la provincia de Buenos Aires, justamente en el mismo año en que remontaba la primera aurora nuestro siglo. Poeta por temperamento, arrastra consigo un título tan pesado que ni Buenos Aires con su apatía y sus ordenanzas municipales, lograron con-

más altas soledades, arrancó energías para traducirlas en poemas que, cuando no representan la esencia vivificante de la juventud, que no debiéramos abandonar nunca, se sumergen en el dualismo trágico, con su carga de pesadumbre que le llevó a la tumba. Poeta por temperamento, pronto hizo presente su ascendencia, por su fiebre sentimental como por su lirismo torturado que la tornan poesía del destierro.

ELEGIA PRIMERA

A Federico García Lorca, poeta

Atraviesa la muerte con herrumbrosas lanzas,
y en traje de cañón, las parameras
donde cultiva el hombre raíces y esperanzas,
y llueve sal, y esparce calaveras.

Verdura de las eras.

¿Qué tiempo prevalece la alegría?

El sol pudre la sangre, la cubre de asechanzas
y hace brotar la sombra más sombría.

El dolor y su manto
vienen una vez más a nuestro encuentro.

Y una vez más al callejón del llanto
lluviosamente entro.

Siempre me veo dentro
de esta sombra de acibar revocada,
amasada con ojos y bordones,
que un candil de agonía tiene puesto a la entrada
y un rabioso collar de corazones.

Llorar dentro de un pozo,
en la misma raíz desconsolada
del agua, del sollozo,
del corazón quisiera; donde nadie me viera ni la voz ni la
[mirada,

ni restos de mis lágrimas me viera.

Entro despacio, se me fué la frente
despacio, el corazón se me desgarró
despacio, y despaciota y negramente
vuelvo a llorar al pie de una guitarrá.

Entre todos los muertos de elegía,
sin olvidar el eco de ninguno,
por haber resonado más en el alma mía,
la mano de mi llanto escoge uno.

Federico Garcia

hasta ayer se llamó: polvo se llama.
Ayer tuvo un espacio bajo el día
que hoy el hoyo le da bajo la grama.

¡Tanto fué! ¡Tanto fuiste y ya no eres!
Tu agitada alegría,
que agitaba columnas y alfileres
de tus dientes arrancas y sacudes,
y ya te pones triste, y sólo quieres
ya el paraíso de los ataúdes.

Vesido de esqueleto,
durmiéndote de plomo,
de indiferencia armado y de respeto
te veo entre tus cejas si me asomo.

Se ha llevado tu vida de palomo,
que ceña de espuma
y de arrullos el cielo y las ventanas,
como un raudal de pluma
el viento que se lleva las semanas.

Primo de las manzanas,
no podrá con tu savia la carcoma,
no podrá con tu muerte la lengua del gusano,
y para dar salud fiera a su poma
elegirá tus huesos el manzano.

Cegado el manantial de tu saliva,
hijo de la paloma,
nieta del ruiseñor y de la oliva;
serás, mientras la tierra vaya y vuelva,
esposo siempre de la siempreviva,
estiercol padre de la madreselva.

¡Qué sencilla es la muerte, qué sencilla,
pero qué injustamente arrebatada!
No sabe andar despacio, y acuchilla
cuando menos se espera su turba cuchillada.

Tú, el más firme edificio, construido,
tú, el gavilán más alto, diplomado,
tú, el más grande rugido,
callado, y más callado, y más callado.

Caiga tu alegre sangre de granado,
como un derrumbamiento de marillos feroces,

no dentro de su propio mundo, del exterior. Toma pasión y posición partidista y discute por vanalidades, absorbido por las inclemencias de un estado anímico que se altera por virtud de la estrechez con que se desenvuelve. Es así que rara vez el poeta ciudadano logra imponerse en la historia con títulos perfectamente legítimos, si el campo, con sus múltiples emociones e inagotable frescura, no aporta, con sus mases y costumbres, su caudal inagotable de inspiración.

El poeta de la ciudad tiene los barcos, el portuario, ese movimiento informe de masa en movimiento que supone el tránsito por sus calles; los edificios en construcción, en vano presurosos por llegar al cielo; las grúas, los aviones y el silencioso quejido humano, aprisionado entre las murallas de la edificación, como temas luminosos a los que arrancar estrofas. Porque también aquí la vida ruge y el hombre se destroza, quien por subir o simplemente por mantenerse erecto. Lucha emocionante, tragedia infinita que hace brotar ríos de sangre de las páginas de la historia contemporánea como jamás han podido imaginarla los viejos aedas, aquellos que cantaron las proezas del hombre en rudo combate, pecho contra pecho, poniendo el alma al servicio del honor. Este individuo no choca su escudo contra el adversario. Las armas que emplea son más útiles, casi invisibles al ojo profano. Los puentes, con sus enormes andamiajes, las fábricas humeantes donde chirría la carne que alimenta enormes calderones, el movimiento de complicadas maquinarias, en cuyos engranajes es triturado el cuerpo y el alma de los habitantes, infiernos sin fin que agotan la energía vital de millones de seres consagrados a la producción de cosas y objetos lanzados al mercado, esperan permanentemente el despertar de la épica que rescuite y reivindique la angustia dolcificada del sufrimiento que aquí permanece ahogada.

Pero el drama incommensurable que se desarrolla en el anónimo y arranca tanto suspiro entrecortado, muy raras veces trasciende las paredes y logra hacerse grito y tumulto. Cuando todos los elementos están a su alcance, desde las manifestaciones de la cultura hasta las más diversas expresiones sentimentales de la edad moderna, enlutada por motivos erróneos de convivencia, la poesía gime también cual atravesada por las bayonetas del sufrimiento. Y es así que nos parece artificiosa, sin alma, porque no tiembla al unísono de esta agitación, con esa rebeldía que levanta los pueblos, calcina las ciudades con el calor de todos los soles, como en el crisol donde se funde tanta pena irredenta. El poema decae por su falta de consistencia. El individuo se arrastra, conducido por la corriente de este mar confuso

Que saber por qué tiene la vida este perrazo,
por qué lloro, por qué,
cojón, inhábil, veleidoso, hube nacido
gritando;
saberlo, comprenderlo
al son de un alfabeto competente,
seria padecer por un ingrato.

¡Y no! ¡No! ¡Qué ardid mi paramento!
Congoja, sí, con firme sí frenético,
coriáceo, rapaz, quiere y no quiere, cielo y pájaro;
congoja, sí, con toda la bragueta.
Contienda entre dos llantos, robo de una sola ventura,
vía indolora en que padezco en chanclos
de la velocidad de andar a ciegas.

CESAR VALLEJO

★

HEMNO DE PEDRO GODOY, POETA DE LA PAMPA

El hombre de provincia, habitante permanente de campos y cosechas, es la reserva vigorosa en que confía y desecha el poder físico de una nación. La ciudad, con sus paredes cuadrangulares, calles pavimentadas y hedores putrefactos, representa una civilización de comerciantes, con sus problemas complicados, sus luchas tremendas. Como produzco educado de un ambiente, desde hace muchos siglos, con sus mercancías y agitaciones, en la ciudad se han incubado todos los detritus humanos y desórdenes del mundo. Centro del cual se expande la cultura por su comunicación con los adelantos científicos del universo, predomina, con su peso de conocimientos, sobre la actividad rural, dicta sus propias leyes y somete el derecho a su voluntad. El campo ha tenido que desenvolverse en lucha constante contra ese predominio, que atrapa sus riquezas, sustrae su acción, tiene formas y caracteres distintos y hasta habla una lengua distinta.

En poesía, el hombre de provincia se encuentra perdido en la ciudad, entre el laberinto de su tránsito el encandilamiento de sus luces, los lujos desbordantes de insolencia y los modales de sus habitantes. A la inversa del campo, en la ciudad no hay arboles ni cantan pájaros, no relincha el caballo ni el viento galopa a sus anchas. El verde de los pastos y el oro de las mieses son desconocidos para el ciudadano, embutido en oficinas, talleres y fábricas, agitado siempre por complicaciones guerreras o revolucionarias, si-

sobre quien te detuvo mortalmente. Salivazos y hoces caigan sobre la mancha de su frente.

Muere un poeta y la creación se siente herida y moribunda en las entrañas. Un cósmico temblor de escalofríos mueve terriblemente las montañas, un resplandor de muerte la matriz de los ríos.

Oigo pueblos de ayes y valles de lamentos, veo un bosque de ojos nunca enjutos, avenidas de lágrimas y mantos; y en torbellinos de hojas y de vientos, lutos tras otros lutos y otros lutos, llantos tras otros llantos y otros llantos.

No aventarán, no aventarán tus huesos, volcán de arrope, trueno de panales. poeta entretreído, dulce, amargo, que al calor de los besos sentiste, entre dos largas hileras de puñales, largo amor, muerte larga, fuego largo.

Por hacer a tu muerte compañía, vienen poblando todos los rincones del cielo y de la tierra bandadas de armonía, relampagos de azules vibraciones. Crotalos granizados a montones, batallones de flautas, panderos y gitanos, réfagas de abejorros y violines, tormentas de guitarras y pianos, irrupciones de trompas y clarines.

Pero el silencio puede más que tanto instrumento.

Silencioso desierto, polvoriento en la muerte desierta, parece que tu lengua, que tu aliento, los ha cerrado el golpe de una puerta.

Como si paseara con tu sombra. paseo con la mía por una tierra que el silencio alfombra, que el ciprés apetece más sombra.

Rodea mi garganta tu agonía como un hierro de horca y pruebo una bebida funeraria. Tú sabes, Federico García Lorca, que soy de los que gozan una muerte diaria.

ALMA Y ESTILO DE CESAR VALLEJO

El renacimiento del alma griega como el triunfo del cristianismo y la caída del imperio romano, son fenómenos de trascendencia universal en la vida del espíritu. El derrumbe del régimen medioeval y la constitución de las agrupaciones humanas en la edad moderna, con el florecimiento de las artes a mediados del siglo quince, señalan un gran avance en la conquista de los bienes materiales, porque dieron confianza al hombre en su valor y formaron convicciones en cuanto a su porvenir. El predominio del espíritu latino sobre la influencia islámica, ejercieron una función tan decisiva en el concierto de la humanidad, como el reformismo y los principios fundamentales sentados por los enciclopedistas, que al correr del tiempo ofrecen al hombre nuevos horizontes en la búsqueda permanente de sí mismo.

La caída de las monarquías europeas, que dió por resultado el triunfo del sistema republicano, cambiando el concepto del absolutismo divino por el establecimiento de una conciencia democrática de base popular, elegida por cada habitante, y la delimitación de las funciones religiosas, cuyos poderes fueron separados de la actividad civil, con el nacimiento de los grandes consorcios capitalistas que, por vía del régimen de la propiedad privada, establecieron nuevos campos de combate en los tiempos modernos, antes estaban reservados a los príncipes, señalan inequívocamente esa inquietud permanente del pensamiento del hombre, rebelde e insubmisivo frente al arcaísmo de las costumbres, formas e instituciones.

Al nacimiento del sistema capitalista como tal, sucedió en corto intervalo de años una nueva clase, la burguesía que, comprando cuanto es objeto de transacción, desde bienes patrimoniales, reales e industriales, hasta la misma conciencia individual en venta, se lanzó al combate con todos los restos de una civilización esclava al interés. Y con esa chatarra de bienes y conciencias estableció sus factorías, resultante de la revolución capitalista en las postrimerías del siglo pasado. Sus líneas de avance no encuentran obstáculos infranqueables. Asociado su poderío al de las instituciones republicanas, el estatismo estableció sus tentáculos sobre el individuo que no halló un medio de defensa adecuado para enfrentarse a tamaño poder. Se trata de una experiencia de contornos universales, no desdenable para el estudio de las corrientes históricas del pensamiento.

La constitución de pequeños estados individuales dentro del complejo de las naciones, vino a suceder a los estados patriarcales del medioevo. Y su potencialidad dió vigor

Y, entre mí, digo:

ésta es mi inmensidad en bruto, a cántaros,
éste es mi grato peso, que me busca abajo para pájaro;
éste es mi brazo
que por su cuenta rehusó ser ala;
éstas son mis sagradas escrituras.
éstos mis alarmados compañeros.

Lugubre isla me alumbrará continental,
mientras el capitolio se apoyó en mi íntimo derrumbe
y la asamblea en lanzas clausura mi destile.

Pero cuando yo muera
de vida y no de tiempo,

cuando lleguen a dos mis dos maletas,
éste ha de ser mi estómago en que cupo mi lampara en

ésta, aquella cabeza que expiró los tormentos del círculo en [mis pasos, [pedazos,

éstos, esos gusanos que el corazón contó por unidades,

éste ha de ser mi cuerpo solidario

por el que vela el alma individual; éste ha de ser
mi ombligo en que maté mis piosos natos,
ésta, mi cosa, mi cosa tremebunda.

En tanto, convulsiva, áspicamente
convalece mi freno,

sufriendo como sufro del lenguaje directo del león,

y, puesto que he existido entre dos potestades de ladrillo
convalezco yo mismo sonriendo de mis labios.

Quiere y no quiere su color mi pecho,
por cuyas bruscas vías voy, lloro con palo,

trato de ser feliz, lloro en mi mano,
recuerdo, escribo

y remaño una lágrima en mi pómulo.

Quiere su rojo el mal, el bien su rojo enrojecido
por el hacha suspensión,

por el lote del ala a pie volando,

y no quiere y sensiblemente

no quiere aquesto el hombre:

no quiere estar en su alma

acosiado, en la sien latidos de asta,

el bmano el muy bruto, el muy filósofo.

Así, casi no soy, me vengo abajo

desde el arado en que socorro a mi alma

y casi, en proporción, casi enalézcome.

intensa emoción si predisponemos nuestra sensibilidad para interpretarlo.

Así también en poesía nos encontramos ante un período revolucionario de contornos inusitados. El modernismo, interpretado como conjunto de nuevas escuelas estéticas, alcanzó su casi plena madurez, después de un ensayo de años. Y un caso singular al operado en el campo de la pintura cubista lo encontramos en la poesía simbolista, uno de cuyos cultores más decididos lo representa el peruano César Vallejo, cuya estatura «sobrepasa las proporciones de la figura humana, del hombre limitado» entre su cerebro y su representación. En él encontramos la lírica de un hombre que se orienta «por los caminos de su propia sangre», huyendo del destino, que busca un equilibrio artístico de nuevas emociones estéticas entre lo pretérito y lo concreto de la vida moderna. Su poesía pertenece a él mismo, por su evasión de conducta hacia esa rebeldía que distingue a los profetas. Renunciando a las leyes de la conducta humana, a la ética social y a la moral burguesa que «son normas impuestas al ciudadano corriente para su sanidad y su control», construyó su arte poético, obedeciendo a la libertad de los sentidos, al libre albedrío, que le proporcionaron ese singular espíritu creador.

Hombre huido del mundo, su obra carece de la acostumbrada realidad. Las imágenes, vestidas a la usanza barroca, son el resultado de una leyenda en que están envueltos el poeta y su obra, ya cargado de pesadumbre, ya con acentos sombríos o borrascosos, llevando consigo la derrota del hombre indispuesto a la lucha. No encontramos aquí al Vallejo combativo que busque en la libertad un refugio de su tristeza, en cuya evasión lo encontraremos más tarde. Más bien aparece como un representante de la decadente bohemia latina que hace poesía por el arte mismo, por mera satisfacción, sin importarle el mundo material y egoísta con que salpicó la obra de sus primeros tiempos. Producto mestizado en el sentimiento, renunciando al combate abierto que constituye el motivo principal de la defensa por la vida, se concentra en sí mismo, como una coraza y espera. Y en vez de afrontar todas las consecuencias derivadas de una acción que ponga en movimiento el vigor de sus articulaciones y la capacidad de creación, se adormece en la angustia y en el dolor que lleva a sus espaldas como pesada carga.

EPÍSTOLA A LOS TRANSEUNTES

Reanudo mi día de conejo.
mi noche de elefante en descanso.

funcional al mecanismo de la economía moderna y autoridad ilimitada en el aspecto jurídico de las naciones, creando un clima represivo de carácter social favoreciendo el nacimiento a los nacionalismos virulentos que, con voracidad feroz, arrollaron en los últimos tiempos los baluartes de la conciencia, con miras a la mejor explotación de la energía humana en pos de una mano de obra más barata. La oposición a esa fuerza ciega, que desconoce sentimientos, y para la cual los ojos no derraman lágrimas, no se hizo esperar, como un resultado natural de violencia individual, desembocando en los grandes movimientos colectivos que torcieron el curso ordinario de la historia, poniendo en libertad de movimientos las reservas espirituales.

Como vemos, el fenómeno se repite sin intermitencias. A un acontecimiento económico o religioso, por asociación de ideas, se le agrega otro de tipo social. Conceptos que el individuo sostenía como principio histórico, se derrumban con facilidad vertical al tropezar con una verdad que tomamos por indiscutible, pero que, establecida, se convierte ya en rémora por impulso de inconformidad. Así fueron desgajándose las dinastías, los imperios y las naciones. Las causas aparentes fueron distintas, pero las reales, tienen un motivo uniforme que es la inestabilidad del tiempo y las cosas, regidos por múltiples factores de diverso orden funcional del espíritu. En poco más de treinta siglos el hombre ha visto agotarse civilizaciones y contribuyó al establecimiento de nuevas formas de vida, de nuevos cultos y estados de conciencia. Así en el orden económico, como religioso o social, renunció a sistemas considerados antiquados para crear otros acordes con su estado de conciencia. En el terreno puramente intelectual, renunció a escuelas filosóficas, poéticas y literarias para acomodar sus especulaciones conforme con su estado de comprensión de los hechos históricos.

Hasta aquí sabemos lo que fuimos. Trazando una curva, partimos de los albores de la civilización antigua para llegar a este siglo del industrialismo, donde la máquina regula los movimientos de la vida colectiva. Lo que seremos en el futuro está reservado a los poetas, que son visionarios y profetas del tiempo. Como siempre, son ellos los adivinadores de lo que vendrá. Dueños de los secretos del destino, por virtud de la fragilidad humana, son imprecisos y, a veces, inexactos, pero veraces y sinceros porque rompen con los moldes del arcaísmo. Nos prometen un futuro y ese es innegable, aunque confluyen los acontecimientos más dispares. En ese plano está colocada toda la humanidad, acosada por la fiebre inyectada por nuestra civilización industrial que abrió las válvulas del pensamiento.

Civilización y Barbarie

UNA feliz casualidad hizo que tomara relación con un incaico, Garbi, que pasó unos años recorriendo Europa y países civilizados para, amargado o escéptico, retornar a sus lares, después de sus observaciones finales en ciudades americanas, vecinas, casi, a su añorada residencia de tribu india.

La circunstancia de ser inquirido por un amigo de la tertulia, que distinguiremos por Civico, me proporcionó la ocasión de transcribir todo el palique, que estuvo muy interesante, lo que motivó su publicación por estimarlas observaciones sinceras de un ser no contagiado de nuestras rutinas, abulias ni preocupaciones de ciudadanos mellados por corrientes sin reflexión ni análisis concretos.

Se comprenderá que no despreciáramos la oportunidad de inquirir en el nuevo amigo, los motivos que le hacen repeler nuestra civilización, sus progresos, sus luminosos avances en todos los órdenes del saber, y especialmente, en nuestras normas y maneras de enfocar y desenvolver la vida, así como los regímenes adoptados y su aplicación.

Entrados en afectuosa camaradería, se le manifestó nuestra sorpresa, tanto más cuanto que, si millones y millones de civilizados, racionales y cultos seres que pueblan los emporios de esplendores, y progresos, y adelantos, y maravillas del Mundo de hoy, o del nuestro al menos, ciudadanos normales y eufóricos, lo aceptamos y gozamos conformados y libres, como no lo admite un ser de agrestes zonas venido.

CIVICO. — Me desorienta, Garci — le dije — tu decisión en retirada. No me explico que rehuses nuestras venturas, adelantos, progresos en el orden del vivir.

GARCI. — No me placen vuestros mitos, la fácil difusión de sicosis turbadoras, los engaños que involucran vuestra resignación y su carencia de sinceridad...

CI. — Pero, ¿es que realmente has hecho una compulsión imparcial y una observación sensata de nuestro vivir?

GAR. — Casi quince años de los vuestros, pasados en distintos ambientes y medios orientándome, observando, juzgando desde mi albedrío vuestra conducta, cultura, apreciación y conformidad de cómo se administra, rige y actúan los pueblos, los gregarios entes, vuestra adaptación a cuanto se os sirve, creo son suficientes para formar un criterio, adoptar una decisión sobre si me conformo con ello o resuelvo irradiarme, no compadeciéndome de vuestra conformidad de resignados, sino condoliéndome del tiempo invertido, el que me obliga a tomar a chacota vuestros lamentos cuando los formuláis y vuestras protestas sin impulso ni perseverancia, de vez en cuando...

CI. — Caramba, esto es ya una crítica a nuestro vivir, ya bastante grave o seria al menos. ¿Qué le hizo venir a inquirir entre nosotros, para llegar a tal conclusión?

GAR. — En los apartados refugios de nuestras tribus, llegaban de cuando en cuando emisarios vuestros en busca de plumas, pieles, semillas, flores, plantas, etc., que intercambiaban por cosas adecuadas a necesidades nuestras. Eran gentes que llamaban la atención en todo, por el contraste con nuestras maneras y costumbres. Ello despertó mi curiosidad y mis impulsos de ver, palpar, vivir todo aquello lejano y misterioso que para mí resultaba su origen. Llegó un momento en que hablaban de matanzas, crímenes, guerras decían entre ellos, la que por lo monstruoso llamó mi atención y despertó más mi curiosidad y ansias de ver. Había cumplido más de setenta estaciones, esto que vosotros llamáis un año cada cuatro, y me creía capaz de afrontar la audacia de curiosear en vuestros poblados, a pesar de los peligros que involucraba tal decisión. Los míos estimaban un peligroso intento y no me concedieron el aval requerido, pero resuelto a realizar mi compulsión, me escapé, junto con uno de aquellos emisarios que me aceptaron, al parecer complacidos...

CI. — En verdad que ello supone ya una audacia estimable en un joven agreste o salvaje, como debía resultar entonces.

GAR. — Mi voluntad pudo más que la afección de los de mi tribu. Sali provisto de algo que pudiera interesar adonde llegara proporcionándome algunos recursos, según me pareció por lo que de nosotros pedían aquellos visitantes de tarde en tarde. Una cantidad de plumas curiosas de vistosos tonos, unas pieles de animales nuestros y algún tejido realizado por antiguos incaicos, todo lo cual, al llegar al puerto de Valparaíso, había desaparecido de mi alcance. Fué la primera muestra recibida de vuestra ponderada civilización, ya que ello me fué robado por aquellos hombres que me admitieron en su barca, negociantes al fin, quedándome en lo puesto, indumentaria ya de acuerdo a la nueva modalidad, pues mis vestimentas indias las había guardado al sospechar que mis acompañantes se proponían exhibirme como ejemplar raro, no quedando del indio otra cosa que mi facia, pigmentación, pómulos salientes y demás rasgos, que confié irían disimulándose con el tiempo.

CI. — Realmente, su llegada, despejado de lo que podía serle un medio de desarrollo, fué poco promisor.

GAR. — Ya le digo, fué la primera enseñanza de vuestro proceder de civilizados y racionales, el robo, sustracción o pérdida de lo que podía significar mi ingreso a vuestra cultura. Comprendí que

Nos encontramos ubicados en la cúspide de la edad contemporánea donde el hombre alcanzó un grado de responsabilidad que le sitúa como dueño de sus destinos. A la revolución del espíritu medieval debemos la adquisición de una conciencia que, en nosotros, actúa sincrónicamente en la vida ordinaria. A la revolución capitalista de hace apenas dos siglos, somos deudores de infinidad de descubrimientos que, si bien se operaron por interés material, contribuyeron el aliciente necesario para impulsarlos. Sin redimir a ese sistema de sus crímenes, las fuerzas acumuladas para su desarrollo fueron el germen de hazañas cuya influencia revolucionó costumbres, conceptos e ideas. Negativa por su acción absorbicionista, la función del Estado, hubo de ser iniciativa de pequeños grupos la que estableció leyes científicas y verdades históricas sobre cuya base se sostiene el andamiaje del mundo moderno.

Los grandes trasatlánticos, frente a los trirremes; los paquidermos de la guerra moderna, que surcan los mares como sombras piratas, frente a la nave griega de combate; el avión, que rasga las nubes con velocidad superior a la del sonido y la luz, en contraste con el sueño de Icaro; el ferrocarril, las construcciones de altos rascacielos; las comunicaciones inalámbricas que permiten la transmisión de imágenes y emisiones de la voz; el desarrollo de las artes gráficas y la variedad incommensurable de objetos de uso diverso provenientes de los plásticos, derivados del carbono, representan en la vida moderna una realidad indiscutible de valores tangibles a las que no renuncia nuestra sensibilidad. Y, en punto de comparación, con el desenvolvimiento del mundo de ayer, que en nuestro corto recorrido a través de la existencia apenas si cuenta cinco milenios de vida civilizada, el genio no se deprime. ¡Si eso alcanzamos llegando aquí, cómo cerrar los ojos a nuestro destino futuro!

De nosotros atrás queda un camino recorrido que constituye la historia de lo que fuimos. Por delante está todo lo que podremos ser, todo por realizar. En artes y ciencias, hasta aquí seguimos a tientas las lecciones de los viejos filósofos y alquimistas que pretendieron elaborar la felicidad humana y obtener el oro que proporciona las riquezas materiales en el orden de las satisfacciones corporales. A simple tanteo, escudriñando en esas doctrinas, el mundo físico y moral adquirió una independencia de tal magnitud y contornos que, en el curso de los últimos dos siglos, advertió en conocimientos científicos cuanto el intelecto humano no creó en toda su existencia desde la época cuaternaria a nuestros días. Sin establecer un paralelo en cuanto a la eficacia de los descubrimientos modernos, desde el punto de vista de la satisfacción moral concebida en sentido filosó-

fico, que fué preocupación de todas las escuelas intelectuales, podemos afirmar categóricamente que es el porvenir el que nos proporcionará los bienes materiales y morales que el hombre espera desde su nacimiento. Si por cierto todo ello está condicionado a nuestra capacidad, constancia y perseverancia activas a desarrollar, es una verdad incontestable que el futuro está al alcance de las manos, si nuestro corazón responde eficientemente a los latidos de la conciencia.

En materia de arte así lo comprenden los poetas y filósofos contemporáneos. Al establecer una línea divisoria entre el pasado y el presente, han debido aportar, al par que su espíritu crítico, la creación plástica o escrita que demostre con elocuencia esa superación de métodos con su cúmulo de sentimientos, que son las características que denuncian la obra artística. En este aspecto, ayer permanecíamos estupefactos ante los cuadros de Manet, Renoir y Cezanne. Ellos representaban lo inconexo y desconcertante de sus creaciones frente a las normas clásicas de la pintura. En la actualidad, se renueva la discusión con la pintura picassiana, resistida y confundida porque, a simple vista, se trata de un arte complicado y mecánico. Sus imágenes rebotan ante la vista y es necesario disponer de una gran dosis de voluntad para comprenderlas. Como antes, también ahora rechazamos de primer intento estas novedades y nos negamos a aceptarlas. Siempre ha ocurrido así. El cubismo, frente a las creaciones de un Leonardo, un Miguel Ángel o un Rafael, aparece como un adelfeo, sin significado evidente. No obstante, fuerza es reconocer que supone obra de arte, de un arte incomprensible, pero simbólicamente de gran contenido estético.

Referirnos a la pintura picassiana equivale a tomar un punto equidistante del arte moderno que, con sus formas, ha provocado una revolución intelectual, por romper con moldes y prejuicios sustentados como verdades inalterables que, con repetición del fenómeno operado en la técnica industrial de las ciencias mecánicas, alteraron todos los principios históricos con que el intelecto humano se ha nutrido. No sabemos a ciencia cierta a qué constelaciones nos conducen estos conocimientos, ya que su evolución obedece a un ritmo persistente y continuado, sin interrupciones. Sabemos que nos tienen reservadas sorpresas insospechadas en cualquier sea el orden en que se manifiesten y que los campos del arte y de las ciencias ya no tienen límites. Y lo que actualmente nos parece abstracto y complicado, mañana nos resultará comprensible y asequible con claridad meridiana. Que lo que aparece hoy como irreal y caprichoso, con graves defectos estéticos, puede acusar condiciones de

debía orientarme y valerme de mí mismo. Empecé trabajando en un negocio de baratijas, explotado por un hombre cuyo criterio era sólo ganancia segura y para el que yo resultaba una atracción curiosa. Mis afanes eran captar por todo, seres y cosas, lo que inquietaba el motivo de penetrar en vuestra civilización, cultura y progresos en contraste con lo visto y vivido entre los míos. Procuré valerme de mí mismo y una labor ambulante fué una solución de momento.

CI. — No está mal. Valerse uno mismo y ser libre en sus manejos y actitudes, es un avance y un mérito entre nosotros.

GAR. — Comprendí que, si quería observar entre las grandes ciudades de que tenía noticia, era preciso obtener un aval de vuestra cultura. Traté, pues, de conocer a fondo vuestras lenguas, conocer vuestras letras, indagar en vuestros afanes. Aprendí a leer y escribir según vuestros métodos y normas y el horizonte fué despejándose permitiéndome, siempre válido del trafiqueo ambulante en pequeñas cosas, que me desplazara de ciudad a ciudad, de continente a continente, compulsando costumbres, criterios, maneras y conductas, siempre observando en las masas, pueblos, esos conjuntos-ciudades que, en rigor, no merecen la pena de ser tomados en serio.

CI. — Cómo eso... En nuestros pueblos hay siempre un fondo de superación y un espíritu libre y libertario...

GAR. — Puede... Pero yo no lo capté jamás en perseverancia.

CI. — ¡Oh, Garci!... Te admiro, pero a la vez te compadezco, pues no nos comprendes...

GAR. — Gracias... Pero no envidio vuestros supuestos placeres, ni acepto vuestras intermitentes venturas...

CI. — ¡Pobre Garci!... No supiste comprendernos de momento.

GAR. — Vi en vuestras nutridas ciudades, maneras y costumbres, culturas y conductas, algo que contrasta con lo vivido en mi medio...

CI. — Y ese algo, no mejoraba tu concepto?

GAR. — Todo lo contrario. Contando vosotros con amplios y bellos panoramas, con extensiones de naturaleza vivaz y fecunda, prefería morar en nichos o jaulas rascando el cielo, siempre en pelotones, masas, gregario rebaño; os desplazáis en jaulados, sin gozar de las bellezas de Natura y sus matices, conjuntos, accidentes, líneas, planos, horros de sensibilidad emotivo, y seguís satisfechos en vuestros tugurios de lujo o de miseria, destinando las noches para saturaros de sensualismos bestias y morbosos entre lupanares, lenocinios, prostibulos, borracheras de champán, whiskys y alcoholes, o metidos en ruletas, cabarets, «boites» donde el sentido humano desaparece con degeneraciones que la razón rechaza y condena. ¡Vuestra civilización! Luego los destartallados avatares de uniones matrimoniales a base de fraguadores de hijos que molestan a los padres que no saben serlo, engendrados en orgías de vicio, a las madres de maternidad fallida, hijos criados al azar, que recibirán de la calle o de los internados, una formación sin amor ni voluntad. Matrimonios de

conveniencia y especulación pronto convertidos en divorcios, adulterios, prostitución, todo lo cual se enlaza con el hampa ciudadana, los vicios de todas clases, estafas, robos, crímenes, pasiones bajas y cuanto orla vuestra ponderada civilización...

CI. — ¡Oh, Garci!... Al retornar a tus selvas marañosas, anulas tus inquietudes de posibles sugerencias que te libran del estado sometido a pobres medios en bosquedades salvajes y en contacto con las bestias, en soledades agrestes, en reducidos parajes, con tus mismos semejantes, también sujetos a lo esquivo y de reducida visión.

GAR. — Es comprensible este vuestro opinar escuetamente de civilizado. Pero yo, bravío y duro, no tengo el mismo concepto, y me hace gracia vuestra resignación y conformismo.

CI. — Quieres decir que no te interesó lo nuestro, a la vez que significa diferencia de criterio, y que lo civilizado y lo cuerdo no te plugo... Que te sientes más afín con lo bárbaro y salvaje que domina y se afirma en la jungla...

GAR. — ¡Estimado contendiente!... Mejor pienso que se debe a preconceptos morales de toda la nuestra especie... Vuestra civilización lo es de camuflaje...

CI. — ¿Conceptos morales, dices?... Si los nuestros no pueden ser superados por estar siempre en progreso.

GAR. — Entonces, serán preceptos en relación con la vida, la eterna supervivencia como una razón de especie, el aprecio que como humanos nos debemos.

CI. — ¡Esa es buena!... Bien sabes que en todo eso nosotros, civilizados, racionales y conscientes, no podemos ser vencidos por nadie, y menos por hordas morando en la selva. Nuestra organización, nuestro vivir en ciudadano, nuestro constante bregar para conservarnos libres, placenteros, plenos de comodidades, confortables, tranquilos y satisfechos, como bien lo habrás notado andando por paseos y avenidas en pleno hervor ciudadano, en nuestras grandes poblaciones en ascensión de lujo, de tráfico inmenso, gozoso de las venturas derivadas de la ciencia que descubre día a día felicidad y contento, empleando el tiempo sobrante en competencias, torneos, estímulos de orden físico para nosotros, racionales, y matizando el ajeteo del trabajo en equipo, que la industria y el comercio, la administración pública y el orden político demandan subrayando todo progreso, nada te dicen mi Garci?... ¿Tanto esplendor y ventura, tu atención no merecen?...

GAR. — Sí me diran, ¡oh, Civi, juzgado por mi pensamiento y deduciendo observaciones!... Bien anoté el contraste entre lo aparente o supuesto y la realidad del comportaros y actuar que os hace desconocer vuestra decadencia, de siglos y siglos en ascenso, a pesar o tal vez a causa de tanto saber, cultura, progreso que poco aportan al bienestar común y a la eficiencia y realidad derivada de vuestras revoluciones fugaces proclamando libertad, igualdad, fraternidad y derechos humanos, no realizados en parte alguna.

CI. — Dime, pues, tus dudas o críticas si las merecen.

GAR. — Intentaré complacerte sin aspirar a convencerte, saturado como estarás por los mitos y sicosis ambientales.

CI. — Escucha... Estoyme atento y confía, mi Garci, que tu parangón será difícil abata nuestros progresos.

GAR. — Nosotros, los pobres hijos de la selva, de las hordas y las tribus, indica que satisfechos en bosques y marañas vivir solemos, nos apenas de todos los desvíos vuestros que venturas os parecen...

CI. — ¿Desvíos, dices?... De verdad que no te entiendo.

GAR. — Sí, desvíos que de siglos os mantienen sometidos, esclavizados, suspensos en lamentables engaños, en fetichismos abyectos, sicosis de cretinos, mitos, dogmas, tontera a que nosotros, los salvajes, según opináis, no hemos caído nunca a pesar de nuestra ignorancia, nuestro regresismo y la cortedad de alcances que nos adjudicáis... Vosotros civilizados, cuerdos, atentos a todos los adelantos y progresos, sois en verdad inconscientes, moráis en perenne barbarie, a pesar de tanto orgullo, ciencia tanta y progresos...

CI. — ¡Esa sí que es buena!... Si elevamos la vida y el vivir a la quinta esencia, día a día...

GAR. — Día a día, os saturáis de esclavaje, os nutris de pedantismo, os orláis de nulidad, hacéis dejación de vuestro YO y soportáis el domi-

nio de un cretinismo, idiotez y abulia, que se notan por todo, cual si ello fuera toda la felicidad.

CI. — ¿Qué pudo concebir tal cosa de nosotros?

GAR. — Toda vuestra actuación y norma de vida.

CI. — No te comprendo, en verdad.

CI. — Nosotros, hijos de horda tan mal considerada en vuestros medios, habitantes de la selva, integrantes de la tribu, no podemos admitir vuestra conformidad con las matanzas entre pueblos, con la existencia de pandillas de asesinos legales que armáis adrede y mantenéis como matones ociosos y prepotentes. Y nos sentimos doloridos por la inconsciencia que un comportarse con la educación y conducta de vuestros hijos, les suministráis herramientas de matanza, símbolos de exterminio en sus juguetes, formando así su predisposición al mal, y eso, lo que es peor, lo mismo el ignorante que el letrado, el docto que el analfabeto, el rico como el pobre... No aceptamos el parasitismo teológico integrado por docenas de religiones y millares de oficiantes y cultores vagos, que os toman el pelo con sus ritos y sus mitos, con sus historias y burdos cuentos de esoterismos y burlas, que engullis resignados... No necesitamos la fauna de leguleyos, magistrados, políticos y mandones que os imponen conductas, regímenes y os dictan normas fácilmente burlado todo por ellos a vuestra satisfacción...

CI. — Olvidas que la organización y progreso sociales, necesitan de directivas que las respalden y concreten.

GAR. — Ello es, precisamente, la anulación del valor y actuar del hombre como tal, como humano, como entidad valiosa en el conjunto, en la comunidad afectiva si la hubiera. Convirtiéndolos en gregarios, en rebaño, en masa, perdéis toda calidad de positivo valor propio. Y aceptáis todos los sistemas y métodos que os regalan, todos los colores y matices, en procura del menor esfuerzo, cual si uno a uno nada significárais.

CI. — ¿Entonces, todo nuestro tinglado orgánico y métodos de conducta, nada te dicen?

A. ROSELL

(Continuará)



Humanismo

Mentira la civilización sin entrañas, embuste la sabiduría sin sentimiento.

Para medir el valor real de los pueblos e individuos, no sólo se les mira funcionar el cerebro: se les oye latir el corazón.

M. González Prada

VERSIONES

por DENIS

EL BURGUES

Un hombre que no tiene una palabra mala ni una acción buena.

ERASE un burgués que no lo parecía, que se esforzaba por no parecerlo.

No explotaba a nadie directamente: ya se habían cuidado sus antepasados de ese menester. No tenía campos ni fábricas donde otros hombres trabajaran para enriquecerle. Salvo algunas fincas urbanas, de las que percibía realmente escasas rentas, no era propietario de nada: sólo de acciones, innumerables, en innumerables empresas, nacionales y extranjeras — eso de las fronteras es cosa de la plebe y para la plebe —. Llevaban a cabo la explotación hombres que no conocía, sobre hombres que le eran desconocidos. Sus manos estaban limpias. Y, para él, también su conciencia. Porque hablaba, cuando era pertinente, de conciencia, cosa que, con otras muchas, había llegado a ser baratita.

Tenía dos hijos — eso de la familia numerosa es también propio de la plebe —, que se preparaban para ser tan burgueses como él, y para parecerlo menos aún que él. Uno estudiaba filosofía, el otro música. No porque tuvieran vocación, uno ni otro, por aquella ni ésta: simplemente porque no les era necesario estudiar nada útil, porque podían permitirse el lujo de estudios desinteresados, que tanto lustre dan cuando no se tiene que vivir de ellos. Para sus dos hijos, como para el burgués, la ingeniería, o la medicina, oían desde lejos a burgués, a profesión que se elige para partir a la caza de dinero. Ellos lo tenían ya cazado. No tenían por qué ensuciarse en quehacer que ya sus abuelos habían realizado, y que ahora no sabían quién realizaba para ellos.

Tenía el burgués también una mujer legítima: la madre de sus hijos, y tal o cual aventurilla por ahí. Otras aventurillas, de la juventud, le habían dado hijos que no quería, y que pronto, con un poco de dinero, no mucho — no era derrochador —, se había quitado de en medio: testigos impertinentes. Todos habían partido, con sus madres, lejos. Temerosas éstas, que al cabo habían conocido al burgués, de que la aventura acabara con ellas en la cárcel: de la cual el burgués parecía tener las llaves, como de no importa qué otros lugares.

La mujer del burgués era como cortada a su medida: casera, nada derrochadora, se contentaba con una sola criada, persona, decía ella, como de la familia. Y era realmente como de la familia, si no para el goce para el trabajo. Nunca por mucho tiempo. Pronto escapaba a buscar familia menos dura. O era echada, antes de que averiguara don-

de se había metido, o precisamente por haberse metido, o porque la habían metido, en enredo inextricable.

Temía la mujer del burgués que sus hijos, ya mayorcitos, cayeran en brazos femeninos que pudieran arrastrarles no sabía a qué camino de perdición. Para evitarlo, les empujaba, pudorosamente — era, como su marido, un modelo de virtudes —, a los brazos de la criada de turno, empujada también, con no menos pudor, a recibirles en ellos: a los dos, no a éste o a aquél. Buscar otra criada para ese menester habría sido excesivo, y absurdo. A veces la combinación, tan bien preparada, daba resultados desagradables, a pesar de haber tomado todas las precauciones de rigor. La muchacha, con los resultados, antes de que éstos fueran manifiestos, partía, bien aleccionada — bien atemorizada —, para no reaparecer, cualquier giro que tomara su vida, y la otra vida que en ella llevaba.

Sospechó una vez, con fundamento, la mujer del burgués, que era obra del burgués lo imprevisto que sucedía. Compartía éste, en efecto, con sus hijos, a escondidas, el lecho de las criadas, y no tomaba precauciones, no podía pensar en tomar precauciones. Ni quería: habrían malogrado todo su placer. Era, para su mujer, aunque la moral no sufría, puesto que todo se hacía en privado, motivo más que sobrado para divorciarse. Pero el pensamiento sólo del divorcio constituía para ella escándalo insufrible. Se contentó con dar a su marido, en privado, en el más absoluto secreto — todo antes de que la moral sufriera —, escándalo memorable. Pronto por él olvidado: en cuanto apareció en la casa otra criada joven, guapa, buscada por la madre para los hijos, buscada por la madre con el noble propósito de que los hijos no tomaran camino de perdición.

Iba el burgués a misa, con su mujer, todos los domingos, y todos los días de fiesta señalada. Y aunque alguna vez, en el trayecto de su casa a la iglesia, que hacía a pie — no tenía coche, que para nada le hacía falta, y porque era enemigo del lujo —, y en la puerta de la iglesia, se olvidaba de dar limosna a los mendigos, con todos hablaba, interesándose por su suerte, deseoso de saber cómo habían llegado a tal extremo de pobreza. Sonriente, como si hablara con un igual, y hasta estrechándoles en alguna ocasión la mano. Era — todo

«Mirad, Sancho — dijo Sansón — que los oficios mudan las costumbres, y podría ser que viéndoos gobernador no conociérais a la madre que os parió».

« QUIJOTE », cap. IV

el mundo lo decía — un cristiano ejemplar. A no importa quién se dirigía como a un hombre no inferior a él; todos eran para él hermanos: que estuvieran en desgracia no les privaba de sus palabras, ni de sus consejos, ni de algo que a su juicio valía mucho más: sus sonrisas, dulces, dulces. No, dulces, no: dulzonas, melosas, casi repugnantes.

Enviaba de tarde en tarde el burgués a los periódicos, que no le negaban sus columnas, como si fueran suyos — tal vez lo fueran, en gran parte, como muchas otras cosas que no parecían suyas —, artículos que la crítica — como si también fuera suya — juzgaba encomiásticamente. Porque hasta la crítica hablaba de ellos. No los prodigaba — no era pródigo en nada —, y había quien se lamentaba de que un pensador como él fuera tan parco en aleccionar a las gentes, tan necesitadas de aleccionamiento. Sólo cuando algo fundamental, para él, estaba en peligro, se decidía a coger la pluma. Sólo cuando había que salvar de una catástrofe inminente a la sociedad en que tan bien se hallaba, trazaba en un folletón — siempre sus trabajos se publicaban en folletón — no una defensa de la sociedad — habría sido demasiado torpe —, sino una deefnsa de los valores supremos: la religión, la moral, el orden, la verdad, en fin, e indicaba el camino que había que seguir para salvarlos. No había más que uno: volver al Espíritu. Lo escribía con mayúscula, para que se destacara, y decía qué era y qué no era el Espíritu. Acaso sabía qué era, y mucho mejor qué no era, por toda su vida, negación permanente del espíritu. Sonaban todas sus palabras, por la negación del espíritu que era su vida, para cualquier lector atento, a hueco. Pero los lectores atentos eran pocos. Podía pasar el burgués, y pasaba, por pensador. No había en sus folletones otra cosa que defensa de lo existente, que le hacía la vida tan fácil, no del espíritu, ni con minúscula, ni con mayúscula. Era su prosa infecta. De fariseo. Del peor de los fariseos. Más que la hipocresía, con ser en ella eminente, brillaba en ella el cinismo. Un cinismo sin nombre. Porque no se veía. Porque engañaba a los ingenuos. Porque hacía creer a los ingenuos que el burgués no era burgués. Porque llegaban a juzgarle desasido de todo y en espera de confundirse con los mejores en comunidad fraternal. Era para ellos un hombre del mañana — de un mañana en que



soñaban sin acertar a dar un paso hacia él —, hundido en el hoy contra su voluntad, y deseoso de libertarse de ese hoy. Todo lo despreciaba, menos el espíritu. Quería ser hermano de los hombres. Aguardaba que los hombres se alzarán hasta él para abrazarles, para ser uno con ellos, para sentir con ellos aquellos valores que defendía, que no eran valores particulares de él, que eran valores de todos.

Si algún crítico se atrevía a señalar la oquedad de las palabras del burgués, no tardaba en encontrarse solo y desarmado. En ningún lugar se encontraba ya hueco en un periódico para él. O tenía que conformarse en expresar su pensamiento en publicaciones de escasa circulación, o que callar. Era como callar decir lo que pensaba en las publicaciones en que habrían tenido cabida sus juicios, redactadas y leídas por unos cuantos, por nadie escuchados: hombres como al margen de la sociedad.

El burgués, que hundida la sociedad, tan agradable para él, por inesperado cataclismo revolucionario, habría renacido de sus propias cenizas para seguir siendo el mismo burgués que no parecía ser, para seguir diciendo las mismas cosas que decía, para seguir siendo el pensador que era, para seguir sonriendo a no importa quién, para seguir viviendo la vida incalificable que vivía, fué al fin retratado, de cuerpo entero, por uno de los críticos de escasa audiencia. Escribió éste, sin saber acaso hasta qué punto retratando a un hombre retrataba a muchos:

«Es un hombre que no tiene una palabra mala, ni una acción buena.»

«Tengamos la alegría de ser rebeldes a las malditas candilejas apestosas de énfasis, acumuladoras de aplausos de gentes bien ce-
nadas».

«QUINET», de F. Alalá

CIENCIAS y MITOS

La gente dada a la búsqueda de maravillas, siempre está dispuesta a dejarse llevar por la fantasía, mas por no caer en el ridículo de las ciegas creencias y ponerse a tono con el prestigio de la ciencia, no duda en anteponer ésta a las conjeturas y a las adivinaciones. Así ya tenemos un catálogo de **ciencias conjeturales**, que nada o muy poco tienen que ver con las ciencias experimentales y aplicadas. Mientras éstas se universalizan y adquieren categoría para extender el conocimiento y hacer lucubraciones o hipótesis que pretenden entrar en lo oculto, no dejan el ambiente nebuloso, donde se establecen grados, jerarquías de iniciación, hasta llegar a la consagración magistral.

Decir ocultismo significa fantasía imaginativa, en la que descuellan los temperamentos crédulos, los débiles mentales, y prolifera substancialmente la fauna abundante de los charlatanes y de los que medran profesionalmente con sus oráculos, sus profecías, sus prevenciones y sus «enseñanzas».

Enumerar todas las ramas de este árbol a cuya sombra se cobijan los ingenuos, los cándidos y los obsesos, para escuchar las mágicas palabras de los taumaturgos, equivaldría a un estudio largo y no exhaustivo de las doctrinas espiritualistas, de su origen, de su persistencia y de sus proyecciones sociales irracionales, que retardan el triunfo de lo razonable en la convivencia y mantienen la fe en lo «sobrenatural» o «superhumano», donde se pierde el hombre que divaga siempre y nunca realiza lo concreto en su modesto plano biológico.

Las mayores extravagancias e insensateces se acumulan en ese mundo del ocultismo y no hay elemento que no haya sido aprovechado por los descubridores de la luz interior o esotérica. Esta claridad de los iniciados, cuando se transmite al vulgo por los medios exotéricos, suele dar los frutos de un empirismo pueril, de ensueños fantásticos y de las siempre necias supersticiones.

Por más que se intente dar un cariz científico a todo ese tratado de divagaciones absurdas o de hipótesis más o menos razonadas, ellas no pueden pasar de la calificación de «artes adivinatorias».

Las pretensiones de la metapsíquica son aceptables cuando ellas encuadran en las ciencias incipientes de la psicología, psiquiatría, biología y sociología y en sus métodos de investigación humana y no divina. En cuanto se desvían de lo concreto y se pierden en lo conjetural, ya se hallan en pleno delirio mágico.

Astrología, teosofía, espiritismo y todos sus innumerables derivados no pueden ser sino reacciones contra el progreso del materialismo científico que penetra paulatinamente en los enigmas del universo y desgarrar los velos del ocultismo para

dar al hombre un concepto puramente racional con que mejorar su vida individual y social.

Son muchos los que tienen interés en que perdure la creencia en lo maravilloso. Si la especie humana puede llegar a la cumbre de su raciocinio, por medio de la ciencia y su técnica, todos los magos están llamados a la desocupación. Y por extensión universitaria verdadera, se llegaría a prescindir también de todos los que cultivan y viven de las creencias. Y aún más, los políticos y sus salvadores gobernantes serían declarados innecesarios, con todo su régimen de esbirros y de soldados. La autoridad caería en el más absoluto desprestigio y ya nada sería confiado al engaño y a la fuerza de sus servidores.

Aunque éste ya sea un tema aparte, se alude a él para proyectar una tendencia libertaria del hombre hasta llegar a la comprensión anárquica de la vida. Y ante esta concepción ¡cuán ridículas e ineficaces resultan todas las artes adivinatorias!

De todos los elementos se ha valido el hombre para cimentar su poder de engañador o su sumisión de engañado: los astros, los muertos, las aves, las manos, los intestinos, el ombligo, la membrana amniótica, el himen, la fisionomía, las cartas, y mucho más, son «libros de revelación» para el que sabe leerlos. En las anécdotas de tales sistemas de **abracadabra** (espíritu, padre de la palabra), o de **agla** (sigla de las voces hebreas **athah, gabor, leelam, adonal**) que quiere decir: «Eres poderoso, eterno, Señor»; se descubrirá siempre el aderezo místico, espiritualista y divino en que la razón razonante queda excluida para dejar cómodo espacio a la credulidad.

Los que no quieren aparecer como supersticiosos suelen desear teóricamente lo grotesco de la adivinación y se desviven por el estudio práctico de otras manifestaciones del espíritu invisible. Son paladines ardientes del dualismo y lucubran siempre entre cuerpo y alma. Admiten, por ejemplo, la grafología, y la llaman ciencia conjetural. Este arte adivinatorio está corrompido como todos los de su clase. Sin negar en absoluto que los rasgos de la escritura puedan revelar algo del carácter del que escribe, se ha de tener presente que el individuo, hecho a la simulación, puede falsear perfectamente la grafía y más si sabe que será sometida a examen. Por muchos elementos de juicio que aporte la grafología, todavía le falta mucho para llegar a ser considerada como ciencia y menos como exacta.

Las conjeturas espiritualistas, en cuanto no se separen de lo material innato y no sostengan la existencia incomprensible de poderes metafísicos, de orden divino, son aceptables, pero nos parece insensato que, teniendo el hombre un problema inmediato, pierda el tiempo en divagaciones ultra-

Estampa odiosa

NARCISA

QUIEN mata sin otra arma que la lengua y lo hace con premeditación, disfrutando su gozo en este juego, por más que al dictado de la verdad obre, bajeza de sentimiento acredita. Hay muchas maneras de matar y no siempre chorrea hacia fuera la sangre: la que cae por dentro anega el alma y no escandaliza.

Esta mujer ha matado incruentamente sin arma blanca ni de fuego: con la lengua. Ha hecho una muerte horrenda con la verdad revelada. Como su crimen no está catalogado en el Código, vésele campar por sus respetos. Sobran leyes —aseveración de Spencer— y falta la que castigue el crimen espiritual, cuando se levanta una verdad percutiente que asesina.

★

Al tener Narcisa noticia de su drama, sintió como si le apretaran con una llave maestra el corazón y que todo entero se le anochecía. Olvidó el mandado que iba a hacer y entró en su casa acezando. Estaba por dentro inflamada. ¿Se apaga la sed que produce la desgracia con el conocimiento de los detalles? Narcisa, muchacha imaginativa, de las que a tientas leen cuanto cae en sus manos, ya no tuvo cabeza más que para cerciorarse. Cerciorarse que es hacerse tiras, obedeciendo a

terrenas, metapsíquicas o cósmicas, que retardan o distraen el planteo para vivir mejor en este planeta que hollamos infelices y angustiados sin poder ubicarnos cómodamente en él.

El primer obstáculo a la expansión natural del hombre lo hallamos siempre en las restricciones autoritarias, que impiden, como fieros cancerberos, dar luz y aire al pensamiento y al sentimiento. ¿Que todo se discuta, que todo se propague, que nada quede en la penumbra o en lo oculto tenebroso, que la crítica se ejerza sin cortapisas, con todos los medios de que dispone la libre circulación de las ideas y del conocimiento, que no haya capillas ni sectas, ni iglesias, que no haya fronteras, que la experiencia universal se manifieste ante las tradiciones o ante las novedades!

Mientras esto no ocurra, y quizá jamás lo verá la sociabilidad, seremos relapsos, incrédulos, y nos negaremos a aceptar cualquier proposición inde mostrable que no tenga consenso universal.

Primero lograr el equilibrio del hombre social a fin de que pueda vivir y prosperar; después vendrá, si es que viene, todo lo que la imaginación y la metafísica puedan proporcionar al análisis exhaustivo del raciocinio. Nada más ni nada menos.

COSTA ISCAR

un estúpido masoquismo. Acercóse ansiosa a la madre que trajinaba y le espetó esta pregunta:

—Mi verdadera madre ¿quién es y dónde se encuentra? ¿Quién es y dónde se encuentra mi padre? ¿Por qué usted se tiene tan guardado el secreto?

—¿Eh?

—La «Golosa» me lo ha dicho.

—¿Cazcalera, andorrera, puta!

La «Golosa» tiene un hijo mozo, vagamente enamorado de Narcisa, a su vez enamorada de otro. Quizá el hijo no toma el desaire tan a pechos como la madre. «A ésa — ¡mialas! —, más que ría por fuera la tengo de hacer llorar por dentro. Y tal fué que la apuñaló, anocheciendo, con el arma que más daño hace.

Sin decir ¡agua va! volcó sobre la muchacha el tiesto de las puercas heces humanas y la caló toda. «Hija de tu pretensa madre, no; de su hija sin honra, quien desocupado el vientre tomó las afufas y aún no ha vuelto. Por si en cuenta te lo pide tu padre, cuyos son tus ojos, no hables mal de Mahoma, ni mientes la sogá en casa del ahorcado en presencia de tu abuela, que tu madre se dice. Siquiera lo que viene de mi mata trasciende a limpio...»

★

Malos pensamientos de la vieja. Planes de la joven descaminados. Obsesión que impide los movimientos del alma hacia lo noble. Consulta con la almohada, a la que se obedece sólo cuando aconseja a siniestras. Pravas ideas en atroz zarámbanda. Perdimiento de la cabeza. Pródromo de locura. Y los genios malignos triunfantes azotan- do la prensa para que el baile no cese.

(La anciana, sentada en un banco de la cocina cerca del hogar, con las manos cruzadas sobre el halda y la cabeza hundida en el pecho, está como petrificada, al escucho de sus revueltos pensamientos. No hay otra luz que la débil de una bujía que cuelga de un cordón, tan sucia de las moscas que apenas alumbra, un caldero pendiente del llar encima de unos tueros que hacen humo).

Habla a voces la vieja:

— ¿De qué sirve empollar, si las crías huyen así que pueden valerse de las alas? La hija en seguimiento del hombre falso y la nieta....

Sí, señora; la nieta por una verdad infame, digna de ser mentira.

PUYOL

El soberano y los educadores

Al hablar del soberano, hablo del individuo, del hombre. No hay otra soberanía efectiva y natural. Las demás son postizas, falsas y antinaturales: artificiosos inventos que en nombre de la moral, de la ley o de la conveniencia de Iglesias o partidos, pusieron en circulación los que pretendieron sojuzgar a los pueblos constituyéndose en jefes.

Y soberano no es rey, que un rey no es un hombre libre, sino un esclavo de mil ideas diversas de mil voluntades extrañas. Soberano es el individuo que, teniendo conciencia de su valor, ni acepta mansamente que los déspotas lo hundan en la condición de esclavo, ni consiente que las masas le obliguen a pertenecer a la clase de los amos. Posición rara y difícil, pero única posición anárquica, porque no existe otra en la que se pueda conservar la soberanía, ni en la que se pueda saborear el goce de los goces: sentirse soberano en lo más íntimo de la conciencia y esforzarse en conservar la soberanía sin tener en cuenta que de la dignidad se ha hecho mercancía y que en la gran feria de las vanidades se entregan los chalanes a la compra de hombres sobre los que encaramarse para brillar.

Y no es solamente en la plaza pública donde, para vergüenza de la especie, los que quieren brillar se entregan al chalaneo, vociferando cada uno las propiedades milagrosas de su bálsamo y vituperando de mil groseras formas al competidor. En la prensa, que debería ser modelo de bien decir y mejor pensar; en la tribuna, donde sería necesario que las palabras tuviesen el son puro, claro y limpio que tiene la belleza, ya que la bondad es su mejor atributo y la pureza es el encantador e ingenuo adorno con que los nobles pronuncian sus arengas; en el libro, que en tiempos no lejanos recogió los mejores corazones y los pensamientos profundos y alados con que el genio nos deleitó; en las academias que, apartadas del fragor de las batallas, habrían de ser refugio de estudiosos y pensadores, también se chalanea, también se conspira contra el soberano, dedicándose todos a mutilar al hombre para encajarlo en los estrechos límites que toleran al pensamiento sectas, religiones, partidos o grupos.

Existe una clase, posiblemente la única bien definida dentro de nuestra especie, porque va marchitándose en ella la virilidad creadora, que es la encargada de mutilar a los individuos podando su inteligencia de todo brote de rebeldía, de independencia, de originalidad. Es la clase a la que pertenecen los que a sí mismos se llaman pomposamente educadores con objeto de que no se les descubra que en la educación, que los amos

pagan y ordenan, hallaron el codiciado pesebre en que satisfacer sus apetitos.

Cada educador que sirve a su amo, por lo cual odia toda manifestación de tiranía, trae bajo el brazo el decálogo que le indica la norma a seguir. En aquel están escritos los mandamientos de un dios cruel y en éste las leyes de un gobierno despótico; en el uno las órdenes de un partido atrabiliario y en el otro las imposiciones de una secta estúpida. Y mandamientos, leyes, órdenes e imposiciones, que son conjuras contra el soberano, contra el individuo que quiere ser libre, es decir, los torcedores de las voluntades individuales, los domesticadores de hombres.

Porque ¿qué es y qué significa educar, qué equivale a doctrinar, sino hacer depender la vida de una doctrina, obligando a que el curso del vivir quede sujeto a un proyecto que es casi siempre un prejuicio? Educar es imponer a un sujeto extrañas soberanías, transformando al individuo de soberano en súbdito, de señor en esclavo, de dueño de sus destinos en siervo de sus creencias.

Quien habla de educación pronuncia, sin nombrarla, la palabra disciplina. Son sinónimas, hijas de la misma madre. Y a tan augusta familia, como nacida del mismo infecundo vientre, disciplinar y domesticar son tres hermanas gemelas, de las cuales la primera tiene por objeto y fin arrancarle al hombre lo que en él hay de valor; su afán de originalidad, sus justas ansias de independencia, su sueño eterno de autonomía, ayudándole en la tarea las otras dos al preocuparse de que el individuo ame de grado o por fuerza, lo uniforme, lo regular, lo servil, transformando la mentalidad de tal suerte que el gusto de libertad del soberano, del hombre, haya sido reemplazado por el antinatural de sentirse, a gusto, esclavo. Porque se educa para el ejercicio de la autoridad y para que sea aceptada mansa y resignadamente la castración de que ha de hacerse víctima a todo doméstico, ya que el ejercicio de



la libertad, función natural de todo organismo sano, no necesita de educación previa.

Los primeros regimientos que forman los déspotas cuando se horcajan sobre los pueblos, son los de los educadores, dándoles amplios poderes para que, como buenos mercenarios, se entreguen al saqueo de conciencias, al rompimiento de voluntades, para entregar a los hombres, vencidos y humillados, en manos del dictador. Y para llevar a cabo tan infeliz tarea, ocupan posiciones desde las cuales es fácil hacer pasar la impudicia por virtud, sin que los amos se preocupen grandemente del caudal de ciencia que sus servidores puedan poseer, sino de la mano dura con que han de forjar en el yunque del dolor las mentalidades esclavas que abominarán de su propia libertad, de su augusta soberanía, para proclamar como soberano de la vida, por envenenamiento de sus conciencias, a cualquier dios o a cualquier déspota.

Por eso fué considerado como axioma pedagógico el infame proverbio de la **letra con sangre entra**, abrazándose a él todos los educadores de todas las escuelas filosóficas, religiosas, políticas y sociológicas que vieron con malos ojos al hombre soberano, y por eso se aumentó el dolor en la tierra, ya que los que debieron ser enseñadores de verdades para hacer grato el vivir, se dedicaron, impiadosos, a martirizar a la humanidad.

Porque distinguamos: educar es constreñir, obligar, sujetar y moldear; enseñar es ayudar. Los déspotas educan; deformando la personalidad; los hombres libres enseñan, procurando que no sufra menoscabo la individualidad. Los unos, al destilar odio sobre los corazones, hacen doloroso el vivir; los otros, al hacer que renazcan en los hombres la esperanza y la alegría, de los corazones yertos extraen jugos de amores. Por eso los déspotas, al educar, quitan, roban y mutilan; y los

hombres libres, al enseñar, dan. Con los hombres educados, vale decir, deformados, se emprenden las guerras contra el soberano; con los que conservan intactos sus instintos vitales de libertad, por lo cual se niegan a formar parte del rebaño, se llevan a cabo las revoluciones que transforman la vida.

Todo educador es un hombre cruel que siembra a manos llenas el dolor. Posiblemente sean los educadores los únicos hombres crueles. Cruel fué Ignacio de Loyola; crueles, Calvino y Lutero; fría-mente cruel fué Robespierre; ¡Platón estuvo más allá de toda dureza, de toda inflexibilidad, de toda crueldad! Todos los que obraron y obran en nombre de una divinidad, llámese ésta Dios, Sociedad o Estado, fueron y son crueles. Aman a su dios; desprecian al soberano. Friamente cortarían todas las cabezas si supiesen que en ellas existían pensamientos originales, porque todo lo original tiene **olor a pecado, a irreverencia, a delito, a insurrección, a rebeldía.**

Y, sin embargo, únicamente en lo original tiene manifestación cabal la vida, y lo original no es jamás el producto del pensamiento de la Iglesia, del partido o de la secta, ya que las instituciones no piensan: lo original es lo personal, lo individual, lo que descubre, inventa o crea el soberano, el individuo en libertad. El subordinado, el domesticado, el educado, no puede hacer otra cosa más que aceptar la regla moral; ni se levantará contra su jefe, ni abominará nunca de su secta, ni se asomará al balcón del mundo para contemplar con sus ojos la vida ni se entretendrá en comprobar si suena a falsa la religión que profesa. Esta, que es labor del hombre, la prohíben los educadores. Como el fraile, en donde ven una luz, so-
plan.

MIGUEL JIMENEZ IGUALADA

LA VIDA EN SOCIEDAD

"Cuanto más leyes hay más mala es la República"

Montesquieu

Parábolas de Han Ryner

El manantial

EN su vejez, el azar de sus andanzas hizo venir de nuevo a la tierra griega al filósofo Psicodoro. Por lo tanto, su renombre habiendo esparcido la noticia de sus viajes y proclamado su sabiduría, muchos hombres fueron a verlo. Algunos lo acompañaban por todas partes, haciéndose, un poco a pesar de su voluntad, discípulos suyos. Otros, le escuchaban curiosos durante una hora, un día o una semana; luego se alejaban, levantando la cabeza de piedad o de admiración.

La mayoría, al volver a sus casas, declaraban que las palabras de Psicodoro eran incomprensibles como oráculos y que, aun mejor que Foibos, el filósofo merecía el nombre de Tortuoso. Y los ingeniosos griegos que aman los enigmas, acudían para escuchar al sabio y para ensayar de abrir sus cerradas palabras.

Pues no daba directamente consejos para la conducta de la vida o no decía verdades prácticas. Pero, cual un poeta o como un anciano inclinado hacia los niños, contaba fábulas y mitos. Lo más a menudo omitía de despojar la lección de su envoltura ingeniosa y muchas sólo escuchaban los relatos que les divertían.

Y, si se le interrogaba, su respuesta comenzaba casi siempre con esta recomendación:

— Escuchad una parábola:

Un día, entre los que escuchaban, se encontraba otro filósofo. Sentado cerca de Psicodoro, Licón, con la cabeza inclinada, escuchaba con seriedad, y mientras tanto, la punta de su bastón dibujaba en el suelo misteriosos signos. Al centro de aquellas líneas se veía una figura que parecía la del orador, pero tenía un dedo sobre sus labios cerrados.

Cuando Psicodoro calló, Licón, el viejo sabio que muchos creían mudo, preguntó:

— ¿Por qué hablas?

Y sin esperar la respuesta, continuó:

— Nada tan inútil como la palabra. Y nada, a veces, tan malo. Las palabras que tú dices, son para las orejas vecinas, ruidos extraños y vanos. El sabio habla a los hombres, con las palabras de su lengua, idioma que ellos no comprenden. Sus palabras tienen un sentido lleno y noble; pero el espíritu de la mayoría de los hombres, recipiente de cuello estrecho, solamente deja penetrar los sentidos cuando han sido ya vaciados de su contenido. Y en la vasija infame fermentan fetideces tales que lo que en ella cae se vuelve podredumbre. Más de una vez, ¡oh, Psicodoro!, las máximas que tú noblemente habías dicho, las he oído yo repetir para justificar o glorificar gestos viles. Y ya tiemblo por haber osado también yo algunas



palabras. Pues tal vez el noble precepto había contribuido a determinar el gesto vil.

— Como el rayo de sol y la gota de rocío, alimento y miel en las venas de la higuera, se vuelven veneno en las flores de la cicuta. Numerosos rayos y numerosas gotas caen así, inútiles, sobre el fango o encima de las rocas. Sin embargo ¡oh, Licón!, no podrás persuadir al sol que deje de brillar y no podrás lograr que el rocío para siempre se deseeque.

— Créeme, Psicodoro. Ven a mi soledad en la que los pensamientos imitan de las flores su silencio. Miraremos juntos o cada uno a su vez, las mismas cosas. Cuando nuestros ojos se encontrarán, cada uno amará la belleza de la mirada amiga. Pero nuestras lenguas se quedarán inmóviles en la feliz humedad de la boca; y, si la emoción se vuelve demasiado fuerte, nuestras manos se apretarán.

— No iré yo hoy a tu soledad, dijo Psicodoro.

Licón se levantó, pues, para partir solo; pero Psicodoro lo detuvo con un gesto y con estas palabras:

— Antes de que te alejes, ¡oh, muy sabio Licón!, escucha una parábola:

..

Me había sentado aquel día al lado de un manantial abundante y claro, que cantaba como una jovencita. Algunos pasos más lejos, el suelo faltaba ante el arroyuelo, pero la cascada era un salto de alegría.

Y yo llegaba de las comarcas inferiores. Así es que dije a la fuente lo que había visto en el llano. La aidez de los hombres había dividido al noble río en rectilíneos canales; y de su transparencia ligera, hacían una fealdad fangosa y pesada, que se arrastraba. Ignoro si el manantial oyó mis tristes advertencias. Pues su aparente

respuesta fué la continuidad de su movimiento generoso y su canto.

Algunos años más tarde, volví a pasar por aquella comarca. Y vi en el llano un espectáculo nuevo.

Subí a decir al manantial lo que había visto.

— ¡Oh, manantial!, exclamé, detente. Termina con tu inútil labor. Pues ya por el llano ni siquiera pasas.

El ruido del agua saltando por entre los guijeros parecía reírse de mí.

— ¡Detente, oh, manantial! De tu vida que mana han hecho unos dementes una muerte inmóvil. En el medio del valle, tu río, chocando con un dique espeso y alto, se vuelve un pantano pestilente. ¡Detente, oh, manantial!, pues te transformas, fuente vivificante, en sembradora de enfermedades y muertes.

Pero el manantial continuaba fluyendo acompañado con la misma canción alegre.

— ¡Oh, manantial, detente! Pues el mejor día te llevarás, debido a la acumulación de tus aguas, al dique que los hombres edificaron con piedras y con su locura. Derribado el obstáculo ante tí, te verás impotente para retener la caída fogosa y, en vez de un río fecundante, lanzarás por las llanuras la inundación y la destrucción. ¡Oh, manantial!, tú, cuyas aguas son una risa, detén la risa de tus aguas, pues terminarías por hacer llorar hasta a los pobres Efimeros.

El manantial, sin responderme, continuaba fluyendo.

Yo me alejé, entristecido por su obstinación y por la locura de los hombres.

Muchos años más tarde volví a pasar de nuevo por allí. La comarca había aún cambiado de as-

pecto. El dique había desaparecido. Una ciudad bañaba sus límites fluviales en el magnífico y abundante río. Y el pueblo bebía las aguas que llevaban, como las mujeres llevan sus joyas, colores chispeantes y metálicos. Muchos eran los hombres que morían como en un combate; pues, más arriba de la ciudad, había, entre las cortaduras, yo no sé qué otras fábricas que adulteraban con venenos y bárbaros colores a las aguas hasta entonces sanas y claras.

Y por última vez me decidí a subir hasta el manantial, gritándole, con desesperados acentos:

— ¡Oh, manantial! Inocente matador, has de saber que la locura y la aidez de los hombres hacen de tí un envenenador.

Pero el manantial continuó fluyendo entre alegres y felices ruidos.

..

Psicodoro se calló. Licón, sin decir nada, hizo unos pasos para alejarse. Pero Eubulo, el más amado y el mejor de los discípulos, dijo:

— El manantial debía dar el agua que vivifica. Lo que los otros hacían de sus regalos no dependía de él.

— Escucha, exclamó Psicodoro. Oyes, Licón: ocurre que una palabra es comprendida por alguien. Ves: puede haber un hombre que al manantial suba para beber fresca y pureza. Pero aquéllos a quienes mis aguas hacen mal, otras aguas también los matarían. El que se obstina en residir en la llanura está destinado a ser envenenado.

(Selección de W. MUÑOZ)



El pueblo no me lee pero sin leerme me entiende

COMTE

MICROCULTURA

939. — La termoelectricidad fué descubierta por Juan Toms Seebeck, físico alemán, en 1821.
940. — Las posibilidades de desarrollar cáncer en el pulmón son 1 en 10 si se fuman por lo menos dos paquetes de cigarrillos diarios; 1 en 36 si se fuma menos de un 1 paquete diario; y 1 en 270 si no se fuma.
941. — Un « geodesta » es un profesor de geodesia.
942. — Las mujeres están más predispuestas a desarrollar cáncer que los hombres, pero su oportunidad de que ello ocurra disminuye con los años.
943. — La « helmintología » es la parte de la zoología que trata de los gusanos.
944. — En vez de suprimir las guerras, se han creado ahora « orejas electrónicas » para la soldadesca a fin de crear un silencio artificial entre los estruendos del combate.
945. — El 16 de abril de 1822 murió desterrado el famoso pintor Goya, en Burdeos.
946. — Los hombres de ciencia utilizan ahora una técnica similar a las colisiones de meteoritos en el espacio a fin de producir aleaciones de metales, una vez consideradas como imposibles de realizar.
947. — El « segador » es un arácnido, de patas muy largas.
948. — Durante siglos, todos los años las cigüeñas han volado desde África hasta el distrito de Jerez, al sur de España, a fin de construir sus nidos y criar sus pichones.
949. — Se entiende por « esplénico » lo relativo al bazo.
950. — La obesidad en los infantes es a menudo un signo de futura obesidad.
951. — La « hipotecnia » es la ciencia que trata de la crianza y educación del caballo.
952. — Ha sido ya puesto en evidencia total que nuestro cerebro es también un generador de electricidad.
953. — El doctor J. F. Blumenbach, antropólogo alemán, describiendo cierto tipo de cráneo de mujer (datando de miles de años) en Georgia, lo llamó « caucásico », enriqueciendo la nomenclatura científica con el nombre de « rozo caucásica ».
954. — La frase « no se pueden hacer tortas sin partir huevos » es de Robespierre, significando que no es posible evitar la destrucción si se quiere establecer un nuevo orden de cosas.
955. — Vagan por el espacio partículas más veloces que la luz!, que son núcleos de átomos y electrones, dotadas de velocidades que sobrepasan a los trescientos mil kilómetros que la luz recorre en un segundo.
956. — En enero de 1520 con las naves « Victoria » y « Santiago » inicia Magallanes la exploración del Río de la Plata buscando una salida al Mar del Sur (Pacífico).
957. — En Amman, la capital jordana la población aumentó de treinta mil (1948) a unos doscientos mil habitantes.
958. — El químico francés Antonio Lorenzo Lavoisier, descubridor del oxígeno creyó que todos los ácidos tienen cierto componente al que llamó « oxígeno » (de las voces « oxus », que quiere decir ácido y « gennao », que significa engendrar).
959. — El 3 de octubre de 1929 se adoptó definitivamente el nombre de Yugoslavia.
960. — La glándula nasal de los cormorones actúa como riñón accesorio.
961. — Una colmena de abejas en verano puede contener sesenta mil abejas.
962. — Se entiende por « desdoro », deslute, mancilla en la virtud, reputación o fama.
963. — Puede ser necesario devanar cincuenta mil capullos de gusanos de seda para obtener un kilo de hilo de seda.
964. — Edulcorar significa endulzar una sustancia de sabor desagradable o insípida.
965. — Informes recientes indican que los hombres de las regiones árticas no consumen más calorías que los de las zonas templadas.
966. — El bulevar de los Pirineos de la ciudad de Pau fué construido por el ingeniero francés Teófilo Sentilhes.
967. — Una nueva lámpara eléctrica consume una pequeña cantidad de electricidad, pero suministra una intensa luz concentrada por medio de un vidrio amplificador.
968. — La sentina es la cavidad inferior de la nave, que está sobre la quilla.
969. — Las alergias no se heredan, pero si la tendencia a desarrollar una de ellas.
970. — El « cardario » es un pez del género de las rayas.
971. — En la región del casquete escandinavo los glaciares se encuentran en recesión a una velocidad de varios cientos de metros por año.
972. — La novela « Hijuna » fué escrita por Carlos Sepúlveda Leyton, escritor chileno.
973. — Cuando dos cuerpos metálicos en apariencia chatos, muy bien pulidos, se colocan cara a cara, en realidad se tocan sólo en tres puntos.
974. — La Sinfonía Triunfal fué compuesta por Federico Smetana, compositor y pianista checo.
975. — El colesterol, la sustancia semejante a la grasa que se encuentra en la sangre, está presente en alimentos de origen animal, tales como huevos, carne vacuna, porcina y de pescado, manteca y leche.
976. — El río Ebro (España) es el mayor de los ríos europeos que desembocan en el Mediterráneo.
977. — El 17 de octubre de 1856 inventó Bassener el proceso de la fabricación del acero.
978. — La « carcinomatosis » es el cáncer extendido a través del cuerpo.

SUNO

Imp. des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine). — Le Gérant E. Guillemau, Toulouse Hte. Gne.

POETAS DE AYER Y DE HOY

A mi España

Todo cantaba allá en la tierra mía,
canciones de alegría. ¡Eterno sol...!
Poema embriagador que no moría.
Tristeza de hoy. Canciones de algún día.

Este sol que tú tienes. ¡Sol de España!
Que enmorenece al hijo de tu ser
y embellece a las hembras con tal maña,
que doquiera que vaya lleva España,
su belleza que hace estremecer.

Nada aquí me recuerda de tu suelo,
ni el color de las flores,
ni del fruto el sabor;
ni ese claro y límpido cielo
que invita a la vida
y obliga al amor,
Esas fiestas sencillas y alegres
que dan al artista, poesía y color.
Y ese llanto escondido, que es risa
por quien no comprende tu oculto dolor.

Si ries te quiero, porque eres bella.
Si lloras admiro tu macho llorar.
Sangre roja surge de cien mil heridas,
y aguardas serena, un día tras día,
que lleguen los hijos, que te han de vengar.

¡Y allí en tierra extraña, casi maldecidos
tus hijos España, mueren de dolor!
Son incomprensidos, como tú lo has sido.
Crean que es locura. su exceso de amor.

¡No volverán todos. los que te dejaron!
¡Muchos han caído para siempre ya!
¡Extranjera tierra les sirve de tumba,
si un recuerdo leván, el tuyo será...!

¡La tragedia pasa en forma de guerra,
y absorbe la tierra con su horrible hazaña!
Todo el mundo llora... ¡Ah! ¡Mas nadie recuerda
de que la primera, fuiste tú, España...!

Tú fuiste la primera y tú serás la última.
En el nuevo concierto, no puedes figurar.
Pero tus hijos, Madre, no han de abandonarte,
y de cerca o de lejos, siempre te han de adorar.

.....
¡Estoy lejos de ti y lo deploro!
Me encuentro solo, y muchas veces lloro.
y el llanto es bálsamo, para mi triste ser!
Dichoso aquel, que llora cuando puede,
y sabe porque llora, alguna vez...!

F. TOSQUELLAS ALBERT

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es el guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

OBRAS EN ESPAÑOL

«Justicia», L. Reymont, 3.— NF. — «Manual del aspirante cinematográfico», 1,50. — «El Mar», Michelet, 3,50. — «La música en España», A. Salazar, 15.—. — «Muelle de las brumas», Mac Orlan, 5.—. — «Manual del fabricante de bolas de sebo», 2.—. — «Manual de Lechería», 2.—. — «Adelgace con inteligencia», Hauser, 5,50. — «Cuadro hemático del cáncer», Gruner, 4.—. — «Fundamentos de la caracterología», L. Klages, 9,50. — «Cómo curé mi tuberculosis», Hevia, 1,50. — «El autoanálisis», K. Horney, 7,80. — «Vida del diabético», Cañadell, 5,60. — «Úlcera gástrica», 2,25. — «Colitis», 2,25. — «Alergia alimenticia», 2,25. — «Corazón», 2,25. — «Tuberculosis», Vander, 5.—. — «La historia tiene la palabra», Teresa León, 1,50. — «Pablo Iglesias», Isaac Pacheco, 1,50. — «Frente al mañana», S. Alborno, 1,50. — «José Mazzini», B. King, 5,25. — «Los mejores cuentos», 3,75. — «Memorias de la duquesa de Abrantes», 1,50. — «Mercurial eclesiástica Montalvo», 2,50. — «Madres famosas», Chandler, 5.—. — «Murillo», P. Gargol, 2,50. — «Elementos de Psicología», Titchener, 3.—. — «Emen Hetan», R. J. Sender, 4.—. — «La familia Cardinal», L. Halévy, 2,10. — «Los falsos redentores», G. Piovene, 8.—. — «Desac el fondo de la tierra», L. Castro, 9,50. — «La amargura de la Patagonia», R. Dario, 7,50. — «Felicidad», K. Mansfield, 1,20. — «La gente alegre», J. Ohnet, 2,50. — «El humanisferio», J. Dejacque, 1,50. — «Historia de San Michele», Axel Munthe, 7.—. — «Historia de la literatura rusa», Walisewski, 7,50. — «El intelecto helénico», P. Gener, 4,50. — «Italia fuera de combate», I. Herranz, 2.—. — «Ideario de Quevedo», Astrana Marin, 6,50. — «Obras escogidas de Heine», 8,50. — «Poesías de Plácido», 3,80. — «Pensamiento vivo de Nietzsche», H. Mann, 6,50. — «Imitación de Cristo», Kempis, 7,50. — «Plumero salvaje», Sambiancat, 3.—. — «Puerto choico», M. Puga, 3,50. — «Realización del hombre», Stieben, 0,75. — «Perspectivas culturales en Sudamérica», E. Reijis, 3.—. — «Del presente y del futuro», P. Gener, 3.—. — «Pensamiento vivo de Schopenhauer», T. Mann, 4,20. — «Problemas sociales de derecho penal», P. Foix, 5,50. — «Pasión de Justicia», I. Pavon, 2,60. — «Proleta del hombre», Cordero, 4,50. — «La novela de Roger de Flor», 3,60. — «Reivindicación de la libertad», Ernestan, 1,50. — «Rojo y negro», Stendhal, 3,75. — «La reina Margarita», Dumas (2 tomos), 5.—. — «Reconstrucción de Europa», P. Benoit, 3,40. — «Sorolla», Pantorba, 2,50. — «Versos de Rafael de León», 9.—. — «Don Segundo Sombra», Guiraldes, 3.—. — «Sombras del mal», D. Macardie, 3,50. — «Epistolario amoroso», 5.—. — «Títulos de la oratoria», 5.—. — «Schilias», Turgueniev, 1,50. — «Sinfonía de los siglos», Figola, 1,50. — «Teatro de Jacinto Benavente», 3,50. — «El tema de nuestro tiempo», Gasset, 3,75. — «Tolledo», F. del Valle, 1.—.

LIBROS EN FRANCES

«La bible d'un anarchiste», R. Wagner, 2,50. — «Satan et l'amour», R. Gagey, 7,50. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Hommage a Georges Eekhoud», Hea Day, 1,80. — «Servitude volontaire», E. de la Boetie, 3,30. — «L'inevitable révolution», un Proscrit, 3,20. — «Prêtres et moines», G. Dubois, 5.—. — «Le cooperatisme», 3.—. — «Anthologie de l'objection de conscience», H. Day, 3,30. — «La flagellation et les perversions sexuelles», Lorulot, 6,50. — «L'Emancipation sexuelle de la femme», M. Pelletier, 1,00. — «Tino Costa», Arbo, 7,20. — «Qua aux fleurs», Salvy, 1,90. — «Science et matérialisme», Letorneau, 2.—. — «Socialisme révolutionnaire», 1,80. — «Les mystères des couvents de Naples», Princesse Fortino, 4.—. — «Catechisme positiviste», A. Comte, 2.—. — «Faust», Goethe, 2,50. — «La cité future», Tarbourden, 4.—. — «Gargantua et Pantagruel», Rabelais, 4.—. — «Pour assurer la paix», P. Besnard, 2.—. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Mandatelli Lassus», L. Galleani, 2.—. — «Recherches sur les forces inconcues», Barbedette, 1.—. — «Les bandits tragiques», V. Meric, 2,90. — «Dálnés de la guerre», Monolin, 2.—. — «Un drame politique», M. Dommange, 2,40. — «Armoires frigorifiques», Degoix, 5,80. — «La ceramique», Giacomotti (2 tomes), 3,80. — «Jours d'Exil», Courderoy (3 tomes), 9.—. — «Cours d'économie politique», Gide, 6.—. — «Errico Malatesta», Fedeli, 2,20. — «L'Incubation artificielle», Paulau, 3,10. — «Traité du paysage», Floury, 1.—. — «Sociologie générale», Dupreel, 6,70. — «Zola», A. Zevaes, 2,50. — «L'Hérité Psychologique», Ribot, 2.—. — «L'Amour heureux», Dubal, 0,80. — «La physiologie morale», Hill, 1.—. — «L'Hypnotisme à distance», Jagot, 2.—. — «La grande metamorphose», Gille, 1,50. — «Les grandes Jorasses», Frendo, 2.—. — «Chauffage Central», Bouroier, 5,40. — «Bahia de tous les Saints», Amado, 3,40. — «Les camps d'internement en Grece», 4,50. — «Histoire de la Cooperation en France», Gaudmont (2 tomes), 15.—. — «La révolution inconnue», Voline, 3,50. — «La Révolution sociale», 2,50. — «Contes d'un rebelle», Delvadés, 1.—. — «L'Amour libre», C. Albert, 3,50. — «L'Etat de siège», Camus, 5,50. — «William Gorwin, philosophe de la liberté», 1,80. — «Histoire des Temps modernes» (3 tomes encuadrados), 6,75. — «Pour vaincre», B. de Ligt, 1,50. — «Vie de Franklin», Mignet, 1,50. — «Histoire de Charles V», Robertson (2 tomes encuadrados), 5,50. — «Essai sur l'imagination créatrice», Ribot, 1,50. — «La coutume ouvrière», M. Leroy (dos tomes), 5.—. — «L'Evolution des idées générales», Ribot, 1,50. — «La vie amoureuse de Casanova», 6,50. — «Serenades sans guitare», Villeboeuf, 7,50. — «Juan de Mairena», Machado, 6,90. — «Les caractères», La Bruyère, 5,60. — «Mauvaise graine», M. Azuela, 2,50. — «Anglais, Français, Espagnols», S. de Madariaga, 5,20. — «Le sang plus vite», V. Garcia, 3,75.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Olaya. — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)